JERARQVIA

NAVARRA
OCTVBRE
MCMXXXVII

1192

Dupl

Fillets DF 1470

JERARQVIA

NOTA

Otra vez nuestra Tarea ardiente, a la luz. Porque viene encendida con la sangre de una Juventud tostada de sol Imperial. Este es nuestro signo, desde el nacer. Amorosa e implacable Jerarquía del Espíritu, sin concesiones curvas y oscuras a la mala pasión de envenenar al pueblo. Rectos—otra estrella más entre las dos estrellas de José Antonio—como un apostolado de la Verdad y del Amor. Y ardientes. Porque la gracia de la Milicia perfila nuestras Escuadras de Jerarquía, ofensivas, para la realidad de la victoria, entusiásticas y alegres. Nuestra primera voz, sóla, ha congregado a los siervos de la Sabiduría. Tenemos el Campamento, colmado ya, de soldados, de ansias y de cánticos. Y a punto el corazón y la Espada. JERARQVIA en esta segunda salida, cara a los oros magníficos de la otoñada, recoge la sazón de una cosecha milagrosa. Acaso como los pescadores del Evangelio, porque echamos la red en el Nombre de Cristo. Para El y el César la servidumbre gozosa de nuestra Tarea. Que ha de ser, en adelante, serena y continuada vigilia.

De nuestra Vida breve.
Para la Vida eterna.

EDITADA POR LA JEFATVRA NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA DE LAS J. O. N. S.

DIRECCION
AVENIDA DE FRANCO, 18
PAMPLONA

ADMINISTRACION
AVENIDA DE CARLOS III, 3
PAMPLONA

JERARQVIA

LA REVISTA NEGRA DE LA FALANGE

EN NAVARRA ∽ NÚMERO SEGVNDO
MCMXXXVII

JERARQVIA

GVIA
NACIONALSINDICALISTA
DEL IMPERIO
DE LA SABIDVRIA
DE LOS OFICIOS

DIRECTOR ~ FERMIN YZVRDIAGA LORCA

EDICION DE ANGEL MARIA PASCVAL

SONETO IMPERIAL

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
La Edad gloriosa en que proclama el cielo
Un Pastor y una Grey sola en el suelo
Por suerte a vuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo
Y anuncia al Mundo para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada.
Ya el orbe de la Tierra siente en parte
Y espera en todo vuestra Monarchia
Conquistado por Vos en justa guerra.
Que a quien ha dado Christo su estandarte
Dará el segundo, más dichoso día
En que vencido el Mar, venza la Tierra.

Hernando de Acuña.

T A B L A

DISCVRSO AL IMPERIO DE LAS ESPAÑAS, *por el Generalísimo Franco.*

HOMBRE Y YO, *por Alfonso G. Valdecasas.*

LA ANGELOLOGIA DE EVGENIO D'ORS, *por Paul Henri Michel.*

RAZON Y SER DE LA DRAMATICA FVTVRA, *por Gonzalo Torrente Ballester.*

POESIA, *d'Ors, Basterra, Foxá, Ridruejo, Rosales.*

TEXTOS. Dos discursos desconocidos. *Transcripción y nota de Fermín Yzurdiaga Lorca.*

CAMPAMENTO. Exaltaciones de Madrid, *por Ernesto Giménez Caballero.*

NOTAS. - Rodrigo Jiménez de Rada, *por Eladio Esparza.*
Pequeño periplo en torno al concepto de totalidad, *por Juan Pablo Marco.*
El Imperio de España, *por Manuel Ballesteros.*
Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange, *por Pedro Laín Entralgo.*
Tipografía y virtud de los oficios, *por Angel María Pascual.*

PARA DIOS Y EL CESAR

FRANCO

ESPIRITV Y BRAZO DE ESTA CRVZADA

SALVADORA DEL MVNDO

IMPAR

EN LA GESTA CASTRENSE DE LAS HISTORIAS

GENIO

EXACTO DE ESTRATEGIAS INVENCIBLES

EN EL HERVOR DE LAS TRINCHERAS

EN LA PAZ

EJEMPLAR DE LA RETAGVARDIA

ARTESANO

DEL IMPERIO DE LAS ESPAÑAS

EN EL SIGNO DE LA FE Y DE LA MILICIA

SOBRE TV FRENTE JOVEN

DORADA DE VN SOL NVEVO Y AVGVSTO

QVE EL LAVREL

ETERNICE TV GLORIA DE

HEROE

DISCVRSO
AL IMPERIO DE LAS ESPAÑAS

por el

GENERALISIMO FRANCO

DISCURSO
AL IMPERIO DE LAS ESPAÑAS

DISCVRSO

En el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto desde siglos por una España grande, única, libre y universal, me dirijo a nuestro pueblo para decirle: Estamos ante una guerra que reviste cada día más el carácter de cruzada, de grandiosidad histórica y de lucha

trascendental de pueblos y civilizaciones. Una guerra que ha elegido a España otra vez en la Historia como campo de tragedia y honor para resolverse y traer la paz al mundo enloquecido hoy. Lo que empezó el 17 de julio como una contienda nuestra y civil es ahora una llamarada que iluminará el porvenir. Con la conciencia clara y el sentimiento firme de mi misión ante España en estos momentos, de acuerdo con la voluntad de los combatientes españoles, pido a todos una sola cosa: unificación. Unificación para terminar enseguida la guerra; para acometer la gran tarea de la paz, cristalizando en el Estado nuevo el pensamiento y el estilo de nuestra revolución nacional. Esta unificación que yo exijo en nombre de España y en el sagrado nombre de los caídos por ella, no quiere decir conglomerado de fuerzas, ni concentraciones gubernamentales, ni uniones más o menos patrióticas y sagradas; nada de inorgánico, fugaz ni pasajero es lo que yo pido; pido unificación en la marcha hacia un objetivo común, tanto en lo interno como en lo externo, tanto en la fe y en la doctrina como en sus formas de manifestarla ante el mundo y ante nosotros mismos. Para esta unificación sacra e imprescindible, ineludible, que está en el corazón de todos y que ahoga estas minúsculas diferencias personales que el enemigo alienta con su habitual perfidia, me bastaría con invocar la urgencia de aquellas dos grandes tareas como acabo de hacerlo, pero es que también existen razones profundas e históricas para ella en la marcha de nuestro movimiento nacional. En este instante en que Dios ha confiado la vida de nuestra Patria a nuestras manos para regirla nosotros recogemos una larga cadena de esfuerzos, de san-

gre derramada y de sacrificios que necesitamos incorporar para que sean fecundos y para que no puedan perderse en esterilidades cantonales o en rebeldías egoístas y soberbias que nos llevarían a un terrible desastre digno sólo de malditos traidores y que cubrirían de infamia a quienes lo provocaran. El movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto: un movimiento más que un programa y, como tal, está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora, a medida que la realidad lo aconseje; no es cosa rígida ni estática, sino flexible y como movimiento ha tenido por tanto diferentes etapas.

La primera de estas etapas, a la que podríamos llamar ideal o normativa, es la que se refiere a todos los esfuerzos seculares de la reconquista española para cuajarse en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II; aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica, un Imperio cristiano, fué la España que dió la norma ideal a cuantas otras etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra Historia. La segunda etapa la llamaríamos histórica o tradicionalista, o sea cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición imperial y católica de los siglos XV al XVII. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de España se dió en el siglo pasado, con las guerras civiles cuya

mejor explicación la vemos hoy en la lucha de la España ideal, representada entonces por los carlistas, contra la España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales; esa etapa quedó localizada y latente en las breñas de Navarra, como embalsado en un dique, todo el tesoro espiritual de la España del XVI.

La tercera etapa es aquella que denominaremos presente o contemporánea y que tiene a su vez diferentes esfuerzos sagrados y heroicos, al final de los cuales está el nuestro. Integrado por momentos de esta tercera etapa fué el régimen de don Miguel Primo de Rivera, momento puente entre el pronunciamiento a lo siglo XIX y la confección orgánica de esos movimientos que en el mundo actual se han llamado fascistas o nacionalistas; el segundo momento, fecundísimo, porque arrancaba de una juventud que abría puramente los ojos a nuestro mejor pasado, apoyándose en la atmósfera espiritual del tiempo presente, fué la formación del grupo llamado las JONS (Junta de Ofensiva Nacional Sindicalista), el cual fué pronto ampliado e integrado con la aportación de Falange Española y todo él asumido por la gran figura nacional de José Antonio Primo de Rivera, que continuaba así, dándole vigor y dimensión contemporánea, al noble esfuerzo de su padre, e influyendo en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos que permanecieron hasta el 18 de Julio y aun hasta hoy en agrupaciones también movidas por noble propósito patriótico. Esta era la situación de nuestro movimiento en

la tradición sagrada de España al estallar el 17 de Julio, instante ya histórico y fundamental en que todas estas etapas, momentos y personas afluyeron para la lucha común.

Ante todo, Falange Española de las JONS, con un martirologio, no por reciente menos santo y potente que los mártires antiguos e históricos, aportaba masas juveniles y propagandas recientes que traían un estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente y una promesa de plenitud española. Navarra desbordó el embalse, acumulado tenazmente durante dos siglos de aquella tradición española que no representaba carácter alguno local, ni regional, sino al contrario, universalista, hispánico e imperial que se había conservado entre aquellas peñas inexpugnables, esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse, portando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria. Otras fuerzas y elementos encuadrados de diferentes organizaciones y milicias también acudieron a la lucha. Todas esas aportaciones al 17 de Julio (vértice decisivo para el combate final que aguardaba a nuestra Historia) han luchado hasta ahora encuadradas en lo militar por los cuadros de mando de nuestro Ejército glorioso, y en lo político y civil por sus respectivos grupos, jefes y consignas.

Por tanto, en vista de las supremas razones ya expuestas; esto es, el enemigo enfrente y la coyuntura histórica de una etapa integrada de todas las anteriores, nosotros decidimos ante Dios y ante la nación española ¡dar cima

a esta obra unificadora! obra unificadora que nos exige nuestro pueblo y la misión por Dios a nosotros confiada. Y para llevarla a cabo nosotros ofrecemos dos cosas: la primera, que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece, luchando lealmente contra toda bastardía y todo arribismo; queremos mílites, soldados de la fe y no politicastros, ni discutidores; y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad quedarán fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España.

No queremos a una España vieja y maleada; queremos un Estado donde la pura tradición y sustancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer Imperial de nuestro pueblo.

Ahora, yo les diría a las naciones que carentes de sensibilidad e invadidas de un materialismo destructor venden su Prensa al oro de los rojos, entregan sus radiodifusoras a las propagandas criminales, comercian con los productos del robo y estrechan las manos de los salteadores y asesinos, que el enemigo mayor de los Imperios, que el más fuerte peligro para los países, no son los vecinos que un día lucharon noblemente en las fronteras o los que resurgiendo de la vida internacional con pujanza no igualada reclaman un puesto en el disfrute del mundo. Ha nacido un peligro mayor, que es el

bolchevismo destructor, la revolución en marcha del comunismo ruso, enemigo que, una vez arraigado, es difícil vencer; el que derrumba Imperios, destruye civilizaciones y crea esas grandes tragedias humanas que, como la española, el mundo contempla indiferente y que no acierta o no quiere comprender.

Se invoca en las propagandas rojas la democracia, la libertad del pueblo, la fraternidad humana, tachando a la España nacional de enemiga de tales principios. A esta democracia verbalista y formal del Estado liberal en todas partes fracasada, con sus ficciones de partidos, leyes electorales y votaciones, plenas de fórmulas y convencionalismos, que confundiendo los medios con el fin olvida la verdadera sustancia democrática, nosotros, abandonando aquella preocupación doctrinaria, oponemos una democracia efectiva, llevando al pueblo lo que le interesa de verdad: verse y sentirse gobernado, en una aspiración de justicia integral, tanto en orden a los factores morales, cuanto a los económicos sociales; libertad moral al servicio de un credo patriótico, de un ideal eterno, y libertad económica, sin la cual la libertad política resultaba una burla. Y a la explotación libertaria de los españoles sucederá la racional participación de todos en la marcha del Estado a través de la función familiar, municipal y sindical. Crearemos una justicia y un derecho público, sin los que la dignidad humana no sería posible; formaremos un Ejército poderoso de mar, tierra y aire a la altura de las virtudes heroicas tan probadas por los

españoles y reivindicaremos la Universidad clásica, continuadora de su gloriosa tradición, de su espíritu, para que su doctrina y su moral vuelva a ser luz y faro de los pueblos hispanos. Este es el perfil del nuevo Estado, el que señalé en octubre del pasado año y que vamos cumpliendo con paso firme y sin vacilaciones, el que es común a la mayoría de los españoles no envenedos por el materialismo o el marxismo, el que figura en el credo de Falange Española, el que encierra el espíritu de nuestros tradicionalistas, el que es factor común de los pueblos que, enterrando un liberalismo engañoso han orientado su política en camino de autoridad, de enaltecimiento patrio y de justicia social, el que contiene nuestra Historia española tan pródiga en libertades efectivas con sus cartas pueblas, fueros y comunidades: el que atesora la doctrina católica que la totalidad de la nación profesa.

Cuando en un pueblo que se creía vencido, surge un movimiento grandioso como el nuestro; cuando de los triturados restos de un Ejército se levanta el hoy potente y glorioso de nuestra causa; cuando se hace el milagro de cruzar por vez primera un Ejército los aires; cuando de la carencia absoluta de Marina, se pasa con constancia y laboriosidad y valentía a dominar en el mar; cuando se suceden las victorias y cada día aumenta la zona dominada; cuando carentes de oro, se sostiene y eleva nuestra economía, en plena guerra se mantiene el prestigio de nuestra moneda, el crédito de nuestra zona y la abundancia y baratura es norma de la vida

interior de nuestro pueblo; cuando se dan los casos de heroísmo individual y colectivo que el mundo admira, y en cada combatiente hay un héroe y en cada prisionero un mártir, el optimismo más grande invade nuestro ánimo para gritar con orgullo: ¡Esta es España!

Y, por último, a esa juventud heroica que en las trincheras lucha, a esos beneméritos soldados que en los frentes resisten alegres las inclemencias del invierno y dan con admirable desprendimiento su vida por España, les afirmo que sus sacrificios serán fecundos y que la España que se forja en los duros golpes de los campos de batalla, tendrá unidad y fortaleza; que nada dividirá a la España nacional y que la estrecha unión de la juventud española, generosa, noble y sin reservas, no ha de ser por nada ni por nadie desvirtuada, porque quien pretendiera romper este ordenado movimiento nacional haciendo destacar una inquietud bastarda o queriendo beneficiarse de lo que tanta sangre cuesta, había de tropezar con el patriotismo viril de nuestra juventud y con el empuje de nuestros combatientes, que impondrían un severo castigo a toda tibieza o desunión en el campo de la Patria. Yo os anuncio el patriotismo y la unión de todos los españoles, la unión más íntima en el servicio de la Patria, y proclamo que muy pronto, terminada la guerra y organizada España, estaréis orgullosos de llamaros españoles. Cuando el prestigio de nuestra nación la haga digna del respeto de las demás naciones; cuando nuestros barcos potentes y magestuosos paseen de nuevo la enseña de la Patria por los mares; cuando nuestros aviones crucen los aires y al Mundo lleven el resurgir de España; cuando los españoles todos alceis

los brazos y eleveis los corazones en homenaje de la Patria; cuando en los hogares españoles no falte el fuego, ni el pan y la alegría de la vida, entonces podremos decir a nuestros caídos y a nuestros mártires: vuestra sangre ha sido fecunda, pues de una España en trance de muerte hemos creado la España que soñásteis, cumpliendo vuestro mandato y haciendo honor a vuestros heroicos sacrificios, y en los lugares de la lucha donde brilló el fuego de las armas y corrió la sangre de los héroes, elevaremos estelas y monumentos, en que grabaremos los nombres de los que con su muerte, un día tras otro, van forjando el temple de la nueva España, para que los caminantes y viajeros se detengan un día ante las piedras gloriosas y rememoren a los heroicos artífices de esta gran Patria española.

¡Españoles todos, con el corazón en alto! ¡Arriba España! ¡Viva España!

HOMBRE Y YO

por

ALFONSO GARCIA
VALDECASAS

HOMBRE Y YO

Dan tentaciones de llamar la época actual de la filosofía, época de sazón del problema del hombre. Se tiende hoy a ceñir, bajo la interpretación antropológica, todo cuanto es y sucede. Vuelve a tener ancha resonancia y rumor de hondura el lema de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, en cuanto son, y de las que no son en cuanto no son". Y nace y se difunde una nueva disciplina ---la antropología filosófica---, que viene, no ya con la mera pretensión de ser disciplina nueva de la filosofía, sino de ser la fundamental. Así, por hacer una sola cita, dice Scheler: "En cierto sentido todos los problemas centrales de la filosofía se dejan reducir a la cuestión de qué sea el hombre, y cuál sea su posición metafísica dentro de la totalidad del ser, del mundo y de Dios."

El empuje de la nueva disciplina es tan grande que no hay objeción que baste a pararla o a cortar sus ambiciones. Inútil esgrimir en su contra la acusación de recaída en el subjetivis-

mo o empirismo de Protágoras, pues lo que ella pretende es redescubrir en la fórmula del homo-mensura un sentido más profundo del que hasta ahora nos había dejado entrever una crítica trivializadora. En fin de cuentas, puede que el hombre sea la medida de todo, en cuanto es y no es; pero lo que entonces importa y apremia es averiguar lo que es esa medida, lo que sea el hombre.

Y lo que ha de ponernos en camino para saberlo y lo que constituye la cuestión decisiva, es esto otro: Si el hombre es medida de todas las cosas en cuanto son o no son ¿en qué sentido puedo preguntar por el ser del hombre? Porque, aceptando el supuesto, el ser de cuanto es, el animal, el árbol, o la dura piedra, es ya *medido* por el hombre que pregunta por ellos. Pero si el hombre preguntara por sí mismo, de igual modo que por las cosas que son o no son; si preguntara por sí mismo como vertebrado o como mamífero, habría frustrado el sentido propio de la pregunta por su ser.

Si el hombre "estuviera ahí", de igual modo que la planta o el pájaro, no estaría como medida de ellos.

El hombre, pues, habrá de preguntar por sí mismo de modo totalmente distinto que por todo lo demás; y el problema que ahora se presenta es el de saber cómo preguntar por el hombre. Es la pregunta misma por el hombre la que se hace problemática. Y esto sí que nos hace temer de antemano que una antropología no pueda ser de por sí la ciencia filosófica fundamental. Es problemático el sentido mismo de la pregunta, base de la antropología; para determinarlo habrá, pues, que salir fuera de ella. La cuestión, entonces, es:

¿Cómo hemos de preguntar por el hombre? Y, por lo pronto: ¿Cómo se ha preguntado por él?

Es opinión común que la filosofía moderna, desde su comienzo, se orienta hacia el hombre. Pero hacia el hombre ¿bajo qué concepto? Pues hay por lo menos éstos que juegan con excesiva holgura como equivalentes: hombre, sujeto, persona, yo.

Descartes, dudando de todo, se queda reducido a la pura evidencia del yo; con ello en el creador mismo de la filosofía moderna, el sujeto aparece como centro de gravedad de toda filosofía. Ese sujeto cartesiano se apoya en algo de que Descartes, en el fondo, no se desprede al dudar de todo; en el ideal de la ciencia matemática. Un ideal, como ha observado Husserl, que Descartes, con daño positivo para su obra, aceptó sin crítica previa. En la certidumbre del conocimiento matemático cree Descartes encontrar un fundamento sólido para la certidumbre del yo.

Pero más grave aún es que el yo cartesiano resulte ser una *res cogitans*, una *sustancia* pensante. Nos encontramos con que el nuevo eje de la filosofía se construye con los conceptos tradicionales. Cosa de por sí sospechosa. No es sólo que esos conceptos se deslizaran sin una fundamentación nueva, precisa si se parte de una duda radical; es que si verdaderamente se había descubierto una realidad filosófica nueva y distinta no se entiende que sin crítica quedara subsumida en conceptos no hechos para ella.

La concepción *sustancial* del ego tiene profundo influjo en la filosofía moderna. De ella proviene el nuevo uso de la palabra sujeto, la equiparación kantiana de sujeto a yo. En la filosofía anterior a Kant, *subjectum*, — ὑποκειμενων — significaba propiamente el sustrato, lo que está en la base, la sustancia en su más amplio sentido. Lo subjetivo en cada cosa era lo esencial y sustancial de ella, casi lo que hoy llamaríamos lo objetivo.

Esta identificación de sujeto y yo que aún se maneja como natural y evidente ha sido serio obstáculo en la filosofía moderna para el entendimiento del yo. Y también para el del hombre.

Y es el caso que ya casi al final de su vida, señala Kant mismo por donde abrir una nueva brecha.

En la "Crítica de la razón pura" había creído Kant poder resumir todo el interés de mi razón en estas tres preguntas:

¿Qué puedo saber?

¿Qué debo hacer?

¿Qué me cabe esperar?

Pero años después hace una innovación esencial en el planteamiento. Aquellas tres preguntas importaban al hombre en cuanto "ciudadano del mundo", no en cuanto "ser natural". Y en la introducción a su lección de "Lógica" hablando de la filosofía en su significación cosmopolita, esto es, la que importa al hombre como ciudadano del mundo, la filosofía verdadera y auténtica, en una palabra, dice que todo el campo de la filosofía se deja reducir a las siguientes preguntas:

¿Qué puedo saber?
¿Qué debo hacer?
¿Qué me cabe esperar?
¿Qué es el hombre?

"En el fondo ---agrega--- cabría computar las cuatro a la antropología, pues las tres primeras preguntas se reconducen a la última."

Es Heidegger en su libro "Kant y el problema de la metafísica" quien ha atraído la atención filosófica sobre este planteamiento kantiano y el que lo ha hecho objeto de un análisis magistral. Hélo aquí en resumen:

¿Por qué afirma Kant que esas preguntas se pueden reducir a la cuarta? ¿Qué *unidad* tienen para poderlas reducir a una? ¿Y cómo ha de preguntar esta *una* para *comprender* a las otras tres?

...Estas tres preguntas preguntan respectivamente por un poder, un deber, un caber o ser lícito.

Pero si un poder es problemático, es que implica un no poder. Si pregunta qué puede, pregunta también qué no puede; pregunta. en una palabra, sus posibilidades. Un ser omnipotente no puede hacer semejante pregunta. Y ese no poder no es un *defecto,* sino justamente el estar intacto de defecto y negación. En la pregunta ¿qué puedo saber?, se *notifica* ya una finitud.

En la pregunta sobre lo que debo hacer, me encuentro situado entre un si y un no. Un ser a quien importe un deber,

se sabe a sí mismo en un no haber cumplido aún, desde el cual se pregunta qué debe. De nuevo se revela este ser como finito.

Y, finalmente, "ser lícito" supone un conceder o negar al que pregunta. Y todo esperar implica una privación. Finitud.

Pero la razón no sólo traiciona su finitud en estas preguntas, sino que pregunta por ella misma. Se trata de estar en lo cierto de la finitud, de saber a qué atenerse respecto a ella. Hace, pues, las otras tres preguntas porque es finita y pregunta en ellas por la finitud, y por eso las tres se reducen a la cuarta: ¿qué es el hombre? Se reducen; pero cuando éste se entiende como ente finito. ¿Es que esta pregunta entendida así sigue siendo antropológica? ¡No! Sino conexa con el problema fundamental de la metafísica, el problema del ente como ente; condicionada por la pregunta sobre la metafísica y su íntimo ser.

Sería del mayor interés pasar de aquí a exponer el pensamiento de Heidegger: la pertenencia mutua de la pregunta por el ser y la pregunta por la finitud del hombre. Sería incluso preciso hacerlo para que el desarrollo de este trabajo pudiera decirse completo; pero hay que asegurar la continuidad de exposición. Y la de la filosofía de Heidegger exige y merece un estudio aparte.

Volvamos al planteamiento de Kant.

¿Será tan evidente como sostiene Heidegger que las tres preguntas kantianas nos conduzcan con necesidad absoluta y por vía privilegiada a preguntar por un ente finito? ¿Será cierto que al preguntar qué puedo, pregunto también qué no puedo?

Es tanto eso como prejuzgar que en parte puedo y en parte no, cuando lógicamente lo mismo puede ser que pueda todo como que no pueda nada. Quiero decir que esa pregunta formalmente se satisface con todo rigor lógico tanto con una respuesta que da todo como una que da parte o que lo niega todo.

Pero, se objetará: ontológicamente esa pregunta sólo es posible en un ser finito. Tampoco es evidente que sea así. ¿Cómo vamos nosotros a coartar las posibilidades de un ser que definimos como omnipotente? Podremos decir que nuestro espíritu se resiste a compaginar esa pregunta con la omnipotencia de un ser. Pero difícilmente de esa resistencia podríamos sacar un conocimiento positivo. ¿Y si el principio de contradicción valiera porque Dios quiere, como ya sostuvo Descartes?

No hay que detenerse en las otras dos preguntas, aunque sólo fuera porque están condicionadas por la primera. Pues lo que pido en ellas es saber qué debo hacer o me cabe esperar, y penden por tanto del poder saber de la primera.

Sólo esta conclusión es lícita: esas tres preguntas se nos aparecen con plenitud de sentido en cuanto referidas a un ente finito. Pero, ¿será éste un privilegio de esas tres preguntas? ¿Y si aconteciera así con toda pregunta? ¿Y si el preguntar mismo denunciara ya al ente finito?

Dejando ahora esto ¿no hay una anomalía, por lo menos formal, en la enunciación kantiana?

Pues Kant, pregunta:

¿Qué puedo saber?.... Yo.

¿Qué debo hacer?.... Yo.

¿Qué puedo esperar?.... Yo.

¿No deberían desembocar estas preguntas en la de "qué soy yo"? ¿Por qué en vez de ello pregunta Kant "qué es el hombre"? ¿Es que es sin más lo mismo? También pudo parecer lo mismo ser yo y ser sujeto; ya se ha visto con qué mal resultado. ¿No hay aquí, al menos, un problema?

¿Qué sentido tiene la pregunta, qué soy yo?

Preguntar ¿qué soy yo? es, por lo pronto, *extrañarse de sí mismo.*

Desde muy antiguo se ha visto el origen de la filosofía en este extraño movimiento del espíritu: la extrañeza. Así, Platón en el Theetetes: "lo que el filósofo hace de veras es sorprenderse y en ello está el origen de la filosofía." Y Aristóteles, en un pasaje famoso de su metafísica: "La sorpresa empujó a filosofar a los primeros pensadores"; y luego: "lo primero que les extrañó, fueron las dificultades más manifiestas, después trataron de resolver problemas más importantes, como los fenómenos de la luna, del sol, de las estrellas, y, finalmente, la génesis del universo". (Metf. A. 982, b 12 sgs.)

Descubre aquí Aristóteles un proceso, casi una ley de desarrollo del pensamiento.

La extrañeza de cosas, de fenómenos nos puede dar, en su grado más perfecto, ciencia.

Es la extrañeza que lleva a los hallazgos de Arquímedes o de Newton.

Cabe llegar más allá, a la extrañeza del universo, del mundo

como todo; cabe extrañar qué cosa el mundo sea: cosmología, filosofía ya, en ese lato sentido. Hasta aquí el texto aristotélico.

Pero cabe extrañarse del mundo, *sentirse extraño a él.* "Cuando el hombre se ha colocado *fuera* de la naturaleza y ha hecho de ella su objeto se vuelve en torno estremeciéndose y pregunta: ¿Dónde estoy yo? Descubre la posibilidad de la nada y sigue preguntando: ¿Por qué hay un mundo? ¿Por qué y cómo existo yo?" (Scheler).

Y en esta soledad completa en que el hombre es capaz de sentirse extraño a todo y capaz de preguntar el por qué y el cómo de su existencia, se ha creído descubrir la actitud filosófica última.

Pero no es así. Al preguntar cómo y por qué existo yo, se ha pasado como sobre ascuas y sin saberlo por la pregunta y actitud filosófica radical. Al preguntar "cómo y por qué" pregunto por causas y condiciones; por algo, entonces, que está ahí además de mi. Y en mi extrañeza total del mundo sigo en relación con él.

Pero, en la pregunta: ¿qué soy yo? estoy originariamente a solas conmigo mismo, y nada más. Me extraño de mi, y nada más. Y lo primario de esta extrañeza de mi no consiste siquiera en preguntar lo que yo sea sino que es extrañeza de que soy; de ser. Es, antes de preguntar nada, antes de inquirir porqués, la angustia y sorpresa de ser; indecible, huidiza. Ni sé si cabe decirla cuando las palabras son de todos. Sólo se puede aludir, evocar... quien *sea* sabrá entender.

No sé tampoco si para llegar a esta radical extrañeza fué

preciso pasar primero por la de las cosas y del mundo, o si eso fué un azar.

No me importa, *estando en ella,* de dónde traiga su origen ni en qué medida se la deba a lo que haya podido aprender como hombre; porque no hay más que ella: Mi extrañeza de ser. De la que también ignoro si puede llamarse actitud filosófica, porque la filosofía es del mundo y se ha hecho en él. Pero cuando vuelvo de ella pienso que de ahí, si lo hay, habrá de partir para mi algo así como saber.

De la extrañeza de ser brota la pregunta: ¿qué soy yo? como un primer clavo ardiendo a que agarrarse. Es una pregunta que, en verdad, yo no puedo hacer a los demás. Si no me la sé hacer a solas, si no me atrevo a hacérsela a Quien lo sabe, tendré que renunciar a ella. Dirigiéndome a los otros tendré que preguntar en otros términos por ejemplo: ¿qué és el hombre? Puesto que lo soy y que los hombres tienen yo. Es lo que hizo Kant. Pero por esencial que sea esta otra pregunta, incluso aunque lo fuera para saber que soy yo, no es la pregunta por el yo, ni la suple.

¿Es que se ha hecho alguna vez en la historia radicalmente, como brotando de la extrañeza de ser, la pregunta: qué soy yo?

Se ha hecho. Formalmente, con todo rigor la hizo San Agustín "¿quid ergo sum Deus meus? ¿quae natura sum?" ---"¿qué soy yo, Dios mío?, ¿cuál es mi ser?" Y he aquí la respuesta con eco de tempestades y actualidad impresionante: "varia, multi-

moda vita et inmensa vehementer" (Confesiones lib. X, 17, 26)

¿Pero son esas palabras realmente y en la intención de San Agustín una respuesta? ¿Seré yo verdaderamente ---o sería para sí San Agustín---, vida varia, multímoda "et inmensa vehementer?" O en su mente pertenecerían esas palabras al enunciado de la pregunta, como si dijéramos: ¿qué soy yo en esta vida, etc.? ¿No expresarán un extrañarse de la propia vida? ¿No serán esas palabras en algún modo descripción de un estado a esa situación radical del yo que he querido evocar en líneas anteriores?

En rigor en las palabras de San Agustín la respuesta está deferida a Dios. ¿No implican esas palabras a Dios como "cognitor meus", según le llama San Agustín en las mismas confesiones? "Cognoscam te, cognitor meus, cognoscam te sicut et *cognitus sum*." (Lib. X, pr.)

Cuando de la angustia de ser brota la pregunta ¿qué soy yo?, me sé ya ente que no proviene de propia decisión; me sé ya, por mi misma pregunta, finito; aun sin saber todavía *que sea* yo. Y hay entonces un trascender de sí mismo, un dirigir la pregunta a quien no padezca mi propia limitación. A la verdad es duro preguntar por el yo y no fácil demorarse serenamente en esa pregunta. Se tiende a salirse de ella irrefrenablemente. Y de todas, la salida hacia Dios, el preguntar a EL, es la única clara, coherente y, en definitiva, practicable. Pero no deja de ser salir de ella. Antes acaso de haberla discernido suficientemente de otras al parecer afines; concretamente de la pregunta por el hombre. En textos anteriores de San Agustín aparecían indiferenciados los problemas del yo y del hombre.

Cuando San Agustín pregunta a Dios no lo hace por un hábito contraído de dirigirse a EL ni tampoco como simple expresión y confesión de su propia fe, sino porque sabe ---porque lo ha vivido---, que el preguntar por sí mismo conduce por su propio sentido a trascender de sí. Las confesiones de San Agustín están escritas hacia el año 400. Muchos años llevaba San Agustín buscando la verdad. Del año 388 aproximadamente es el famoso pasaje: "Noli foras ire, in te ipsum redi, in interiore homine habitat veritas; et si tuam naturam mutabilem inveneris trascende et te ipsum". (De vera religione C. 39, 72).

Pocos hombres habrán buceado tan apasionadamente en su propio ser como San Agustín en busca de la verdad. Y cuando San Agustín cree haberla encontrado, cuando llega a la certidumbre de que la verdad está en su propio interior son como un sobresalto las palabras que siguen: "Y si encontrases que tu naturaleza es mudable trasciéndete también a tí msimo." Pero este trascender ¿cómo es y a qué encamina?, pues no quiere sacarme de mi; vuelto a mi mismo y desde mi, sin ir fuera, he de trascenderme. ¿Es esto posible? Las Confesiones y toda la vida de San Agustín nos dicen la posibilidad y el sentido de la trascendencia: ir a Dios. A Dios que es a quien se puede ir —volver si se quiere— sin salir de sí.

En estas palabras de San Agustín hay una expresión desconcertante: "et si tuam *naturam mutabilem* inveneris....." "Si encontraras mudable tu naturaleza..... ¿qué naturaleza? Será mi naturaleza humana; de hecho, del hombre está hablando San Agustín: "in interiore homine habitat veritas",

nos acaba de decir. Pero ¿qué podrá ser una naturaleza mudable? El concepto es lo más audaz que cabe imaginar. Porque naturaleza de una cosa es, precisamente, lo que la constituye de modo permanente. Para Aristóteles es naturaleza el principio del movimiento, lo constante, idéntico en lo que aparece cambiando, aquello que hace que una cosa cambie permaneciendo sin cambiar. Y en el pensamiento moderno, naturaleza es ley invariable en las variaciones; expresión de lo que ocurre siempre de modo igual y necesario.

Hablar de naturaleza mudable parece una "contradictio in terminis", un concepto imposible. Y, sin embargo, ese concepto imposible es quizá la anticipación más fecunda que se ha hecho para aproximarse a entender al hombre. Porque la gran dificultad para entenderle durante siglos, ha sido, precisamente, el concepto en vigor de naturaleza y el empeño de comprender al hombre bajo ese concepto.

En el medio cultural de occidente, la imagen del hombre se nutre, principalmente, de dos ideas que conviven desde siglos siglos y siglos: la idea hebreo-cristiana del hombre como imagen y semejanza de Dios y como ser caído, y la idea griega del hombre como animal locuaz, o en su hoy oscurecida versión latina, como *animal rationale*.

En el siglo XIX en nuestro mismo medio cultural, madura otra idea del hombre, la darwinista, que le considera como cúspide de la evolución animal. Una visión falsa, de influjo enorme, pero fatalmente transitoria.

Y aún podrían agregarse otras ideas del hombre, más o menos difusas en el ambiente europeo: el "homo oeconomi-

cus", por ejemplo, de hondo surco también, con su baja parcialidad, en la Historia contemporánea.

Y después de esto encontraríamos sociedades actuales y grupos históricos en los cuales ninguna de estas ideas tiene vigencia ni existencia, y épocas en que los hombres eran en su ser y en su pensar algo totalmente distinto de lo que ahora son. La etnología, los estudios sobre mentalidad de los primitivos, sobre el animismo, el pensamiento mágico, la aparición "histórica" de los principios lógicos, etc., etc., no dejan lugar a dudas. El panorama de la historia y de las diversas sociedades humanas es el que lleva a Scheler, por ejemplo, a decir que la razón no puede considerarse como naturaleza del hombre; un enunciado en que hay dos palabras tan cargadas de sentidos posiblemente diversos que no es ésta coyuntura de analizarlos.

Más inequívoca es la otra afirmación a que llega Scheler de que no hay unidad de naturaleza humana, de que no hay *una* naturaleza de la "especie" humana, afirmación basada siempre en el panorama histórico-social humano.

De dónde esta multiplicidad de naturalezas o esta mutabilidad de la naturaleza humana?

Su razón está en la estructura histórico-social del hombre. No cabe tratar este tema en pocas palabras; téngan-se las breves que siguen por meras indicaciones no formales.

El hombre nace entre hombres de los que aprende mediante experiencia y lenguaje. Y la acción de cada hombre

transforma en algún modo el grupo social, el mundo humano en que se han de encontrar sus sucesores. Esto es lo que hace posible la transformabilidad permanente de las sociedades humanas y el que pueda haber en ellas eso que llamamos historia.

"La corriente del acontecer social fluye en incesante marcha mientras que los hombres, los individuos *de que consta,* aparecen y desaparecen en el escenario de la vida. Y así se encuentra en ella el hombre individual como elemento que está en acción recíproca con otros. *No es él* quien ha hecho el todo en que y por el que ha nacido".

A Dilthey ---de quien son estas palabras---, es a quien el pensamiento contemporáneo debe más saber sobre la estructura histórico-social. Obsérvese: "el todo consta de los hombres que lo forman. Y los que nacen en él están determinados por el todo en que son. Pero están en acción recíproca con los demás elementos. Y así cada uno que aparece o desaparece cambia el todo en que *es*."

En la misma corriente de pensamiento de Dilthey está el de Ortega Gasset, con una visión más radical. No hay una naturaleza humana. El hombre no tiene naturaleza sino Historia; habría que definirlo como animal histórico."

De cuanto antecede habrá resultado, al menos, cuán distintas rutas se abren al problema del yo y al del hombre.

Dicho se está que en los mismos temas tratados se silencian cuestiones y dificultades de monta. Dicho también que que-

dan pendientes otros; así el examen de la llamada filosofía existencial. Quizá la bifurcación del problema hombre y yo nos de un buen ángulo para enfocarla. Todo se andará.

Pero en tanto me importa expresar una esperanza. Desde el comienzo de la llamada filosofía moderna, España queda prácticamente al margen de la especulación filosófica. Demasiado complejo es el problema de nuestra historia durante esos siglos para que queramos improvisar aquí una teoría explicativa de esa inhibición. Desde luego, que llega ya el momento de entenderla. Nuestra Historia la pondrán en claro nuestras nuevas generaciones, las de temple nuevo, porque en ellas vuelve a haber voluntad de Historia.

Yo sólo enuncio aquí una sospecha esperanzada. Quizá el alma española sea demasiado profunda para apasionarse, *como con verdades últimas,* con verdades "geométricas". O seudo geométricas.

Pero al alma española le importa Dios, y el hombre, y yo. En la nueva sazón de los tiempos, España tendrá su verdad que decir.

LA ANGELOLOGIA DE EVGENIO d'ORS

por

PAVL HENRI MICHEL

LA ANGELOLOGIA DE EVGENIO D'ORS

por

PAUL HENRI MICHEL

LA ANGELOLOGIA DE EVGENIO d'ORS

Hace cincuenta años la opinión corriente miraba a la Teología como una ciencia muerta. Los que la enseñaban se llamaban entonces Harnack o el Cardenal Mercier. Lo cual quiere decir que, si del lado protestante la Teología se confundía con la Historia de la Teología, del lado católico, aun los que no se contentaban con interminables repeticiones, no asignaban apenas como tarea posible a un pensamiento que intentase abordar el problema de lo divino, más que la de conciliar la escolástica tomista, canonizada por la Iglesia, con las verdades provisionales de las ciencias experimentales. Aquí y allí, desde luego, la "crítica" dominaba todo y se llegaba a excluir hasta la posibilidad, hasta la esperanza de un pensamiento teológico original.

Ahora, bien; lo que no se esperaba jamás se ha producido, se produce ante nuestros ojos. Se osa arrojar los fundamentos de nuevas construcciones de este orden. Ya algunos edificios aparecen y se imponen a la atención. Las horas recientes del

credo luterano han traído el nombre de Karl Barth, hasta ahora profesor en Bonn, y el hecho de su gran influencia al conocimiento del gran núblico; pero ya, en el mundo protestante su autoridad era considerable, no solamente en Alemania y en Basilea, su ciudad natal, sino en Francia, donde era leído, traducido y escuchado. (En París en Abril de 1934 dió tres conferencias sobre la Revelación, la Iglesia y la Teología y una joven revista *Hic et Nunc*, se orienta en el sentido del pensamiento barthiano). Por otra parte, el católico Rademacher ha sido puesto este año en discusión en Pontigny. Y he aquí que Eugenio d'Ors, que conocíamos todos como filósofo y crítico de arte, se revela teólogo.

Lo que caracteriza esta renovación—paralela al *Metaphysischer Frühling* denunciado por Peter Wust—es una prolongación de la ortodoxia hacia horizontes ha poco insospechados. Para Karl Barth, cuya influencia gana hoy la selección del joven clero protestante, la Biblia es una cosa muy diferente de una simple fuente de comentarios o que un repertorio de símbolos. El la acepta y se atiene a su literalidad, pero atribuye a esta revelación escrita el carácter de una primera carta destinada a iniciar una correspondencia de una primera relación que deben prolongar las relaciones siguientes. Esta revelación sería comparable a la sesión preliminar de un congreso; se acuerda en ella el procedimiento; el hombre dice: en estas condiciones, en estos límites, yo oigo tu voz: desde entonces, el diálogo está abierto (I).

La doctrina de Karl Barth—muy ortodoxa desde el punto

de vista protestante, puesto que la Biblia es en ella respetada, muy formalista también, porque la libertad de interpretación está allí restringida—no deja de abrir un campo inmenso a la libertad y al afán del espíritu. Conciliando el apetito de libertad característico del protestantismo con el respeto al dogma, este creyente sin reservas, mas para quien Dios no lo ha dicho todo, "juega quizás la última carta de una religión a punto de confundirse con el libre-pensamiento (2) y de disolverse en él. Arnoldo Rademacher se propone establecer los fundamentos de una ascesis de la vida cristiana capaz de dar su expresión y su justificación teológica al tipo del activista religioso, derivada de una tensión entre la religión y la vida, tensión juzgada saludable "clave de la meditación más rica sobre el conjunto de las cosas terrestres (3)". Puros teólogos, Barth y Rademacher afrontan el problema de lo divino en su generalidad. Eugenio d'Ors, por el contrario, no abordó hasta el presente más que un dominio limitado de las ciencias sagradas, a saber la angelología. Pero esta angelología que en él se enlaza a un conjunto de posiciones filosóficas fundamentales, se extiende hasta constituir un sistema completo y, por consiguiente, impide al lector más distraído toda posibilidad de sospechar un diletantismo o la fantasía de una excursión literaria en un continente poco explorado. El pensamiento de Eugenio d'Ors, teólogo y filósofo católico (4) se enlaza nada menos (pero a partir del humanismo cristiano de los siglos XV y XVI nadie osará extrañarse de ello, con una tradición platónica y agustiniana.

Su idealismo, que se opone al empirismo aristotélico y to-

mista, se expresa por una dialéctica cuya novedad hará sensible una rápida confrontación con las de Platón y de Hegel. En el idealismo platónico, los contrarios son concebidos como ilusiones, puesto que la unidad de substancia lo engloba todo. La ciencia verdadera no se refiere más que a la substancia; excluye, pues, el tiempo y abandona a la opinión el conocimiento de las cambiantes y contradictorias apariencias. El hegelianismo restituye su valor al tiempo, gracias al cual se produce la conciliación de los contrarios: tesis, antítesis y síntesis son estados sucesivos. La dialéctica orsiana se esfuerza nuevamente en eliminar el tiempo y, por eso, ha recurrido al procedimiento socrático de la ironía. Una de las formas corrientes, digamos mejor vulgares de la ironía consiste en no avanzar nada sin reservas, en insinuar la objeción en la afirmación, lo cual no es precisamente el hecho de un espíritu frívolo como se afecta creer. Bastará atribuir a esta forma de la ironía un valor metafísico para admitir que toda tesis contiene en sí misma su antítesis. La contiene *marginalmente* ya que el pensamiento se quiere jerárquico y fundado sobre el orden, pero la contiene; y la síntesis no se abandona en el porvenir, sino que es inmediatamente dada. En el sistema que consideramos el pensamiento no es apodíptico sino asertorio. Es, por esencia, un diálogo. Es dual. Consecuencia: la imagen para un espíritu que piensa por imágenes, no es contradictoria con la unidad substancial (5). Mientras ciertas doctrinas han abolido los contornos en nombre de la unidad de substancia (de ello Spinoza nos da el ejemplo más puro) y mientras ciertas otras—los empirismos—no salvan los contor-

nos sino sacrificando la unidad, en el pensamiento irónico, en el pensamiento diálogo, el contorno no excluye la esencia ni la esencia al contorno (6).

Se recuerda que Gabriel Marcel ha señalado como la principal fuente de la confusión moral del mundo contemporáneo el hecho de que nosotros estamos acostumbrados a pensar lo real como un conjunto de relaciones, los individuos como nodos de conexiones, y a ignorar la substancia (7). Eugenio d'Ors coincide en este punto con Gabriel Marcel. Desde que las líneas generales de su sistema se fijaron (lo fueron alrededor de 1925) aplicó todo su esfuerzo a pensar la "substancia" y a reintroducir la substancia en los dominios importantes de la filosofía: la filosofía de la historia y la filosofía de la personalidad.

En materia histórica nuestro autor ha trabajado en la constitución de una "Ciencia de la Cultura" (8) igualmente alejada de un empirismo para el cual la historia no sería más que una sucesión de figuras y de acontecimientos y de un hegealismo a los ojos del cual sería un drama que el espíritu se representaría a sí mismo. La "Ciencia de la Cultura" no retiene de la materia histórica más que el desenvolvimiento de ciertas *constantes* que designa por el término alejandrino de *eones* y que toma por objeto del estudio y de definición. El eón del Imperio forma así una categoría donde se insertan todas las conquistas imperiales. El eterno femenino de Goethe se convierte igualmente en una constante histórica.

En cuanto a la filosofía de la personalidad, lo que caracte-

riza la doctrina de Eugenio d'Ors es que, detrás de los actos del espíritu supone no solamente una substancia espiritual, sino, además, una substancia colocada fuera del tiempo y que es *el angel*. Es pues, por medio del estudio de la personalidad cómo el autor de esta doctrina accede y nos hace acceder a la angelología.

La Iglesia ha llegado a desconfiar del culto de los ángeles; tanto desconfió, que llegó al punto de prohibirlo en el concilio provincial Laodicea. La prohibición, desde luego, no atañía más que al culto idolátrico practicado por ciertas sectas y donde se entreveía el peligro de una vuelta al paganismo. Limitado a la veneración el culto de los ángeles —el culto de dulía opuesto al culto de latría—está conforme con la ortodoxia más pura. Si ha podido llegar a ser sospechoso es por causa de una serie de menosprecio, cuya clave nos da Eugenio d'"Ors al decirnos que la creencia en los ángeles ha perdido poco a poco su carácter intelectualista bajo los asaltos reiterados del "barroco"; del cual el espíritu franciscano representa una de las primeras manifestaciones. Símbolo primitivamente del saber, el ángel se convierte en símbolo de la inocencia, un símbolo pueril (9), y hoy—cuando la Iglesia, no obstante, tendría que defenderse menos de un renacimiento pagano que de la vacuidad de la creencia y de una tendencia al teísmo y a la abstracción—el culto de los ángeles ha caído en un profundo nivel de miseria. El ángel guardián, relegado—aunque su existencia sea un dogma—en la mitología infantil no parece apenas

expresar más que una verdad poética comparable a la que se extrae de las leyendas de San Nicolás o del Padre Noel.

La posición eminentemente intelectualista de nuestro filósofo no parecía, pues, prepararle a abordar un tema semejante, sino por el rodeo de la iconografía. Pero justamente Eugenio d'Ors cuida precisar que no abandona esta posición intelectualista y que por las vías intelectuales, por razones, por argumentos, él cree llegar a una creencia que por añadidura considera como uno de los baluartes de la inteligencia contra el misticismo.

Diversos órdenes de reflexiones contribuyen a fundar su certidumbre. En el orden metafísico, el ángel está considerado como un intermediario indispensable entre el alma y Dios. No pudiendo descender la inteligencia divina al conocimiento de lo individual, todo acto que tienda a interesar esta inteligencia por nuestra suerte (por ejemplo, la oración) sería ineficaz si nosotros no pudiésemos presentarnos bajo un aspecto genérico a la mirada divina. Por otra parte, cada uno de nosotros no es solamente un *individuo,* sino una *persona,* dicho de otro modo un arquetipo, un ser poseyendo un contenido genérico. El lenguaje suministrándonos estas palabras de *personalidad,* de *persona,* nos advierte de esta verdad; nosotros no somos solamente un *yo,* sino algo más: un ser en que el individuo y la especie, se confunden. ¿Cómo no recordar aquí que, según la definición de los teólogos, el ángel es precisamente este ser en el cual el individuo agota la especie, realizándola entera? (10)

Un padre dominico francés presentaba un día a Eugenio d'Ors la cuestión siguiente: "¿Cómo véis la unión entre el án-

gel y el alma humana durante la existencia terrestre del hombre?" Eugenio d'Ors, respondió: "Veo esta unión realizada en términos análogos a la de la unión durante la misma vida terrestre, del alma y el cuerpo. El hombre, como individuo, se compone de alma y de cuerpo. El hombre, como persona, se compone de alma, cuerpo y ángel. Es aquélla una manera de unión funcional.... Se parece al orden de las nupcias. El lecho de las bodas del alma y del cuerpo se llama "subconsciencia" o, aproximadamente. *instinto*. El lecho de bodas del alma y del ángel se llama "superconsciencia" o, aproximadamente también, *vocación* (11).

Este término de vocación—que nos abre un paso desde el orden metafísico al orden psicológico—está afectado, en el vocabulario orsiano por un sentido extenso. Vocación no significa solamente vocación religiosa, ni siquiera viva inclinación a la práctica de cierto oficio sino, más generalmente, predeterminación de nuestro ser definitivo. La vocación es una llamada dirigida desde la infancia del fondo de mi pensamiento a todos mis pensamientos para conjurarlos a organizarse y a unirse. La prueba de este fenómeno ha sido facilitada a Eugenio d'Ors por su experiencia de escritor. En las notas que desde la edad de veinte años redacta día tras día bajo el título general de *Glosario* se ha concedido a sí mismo constantemente una entera libertad de elección en cuanto al objeto de sus comentarios. (Así también le agrada recordar que la filosofía no tiene objeto propio.) De ahí un aparente desorden. Pero de ahí también la revelación de volverlas a leer, la iluminación de esta página escrita quince o veinte años antes como una nota de circuns-

tancias y encontrada presta a insertarse en un sistema. Imagino al filósofo, en el momento de tal descubrimiento, como un obrero que, después de haber fabricado largo tiempo piezas dispares advirtiera con sorpresa que de todos estos elementos puede formar una potente máquina y que se preguntaría, no sin moción, qué ser en él. de él mismo desconocido, ha concebido primero y dibujado secretamente este ingenuo armonioso y complejo.

Para que el sentimiento de una presencia angélica pudiera nacer así de un análisis de la actividad espiritual hacía falta que el terreno estuviese preparado. Lo estaba gracias a la transformación sufrida por la ciencia psicológica durante el último siglo La psicología tradicional, identificaba espíritu y consciencia—identificación perfecta desde el tiempo de Descartes, en que se definieron el uno por la otra—. Se descubrió, más tarde, que allende las regiones lúcidas de la consciencia se extendía el círculo infinitamente vasto de una vida espiritual que escapaba a la introspección más atenta. Esta zona fué, desde el principio, llamada lo insconsciente. "Pero aquí, dice Eugenio d'Ors, el abuso comienza". Al término inconsciente se sustituye voluntariamente por el de *subconsciente*. Considerándose las dos palabras poco más o menos sinónimas (12). De suerte que esta región situada fuera de la consciencia ve atribuirse una nota de inferioridad. Se la tiene por más profunda, sin duda, pero también por inferior jerárquicamente. El lenguaje, a menudo mejor guía, tendía aquí un cepo insidioso del cual

era imposible la evasión sin un esfuerzo de la inteligencia. No rehusamos este esfuerzo y tomamos como punto de apoyo extraída de la visión física. De la misma manera que el ojo no advierte los objetos sino en ciertas condiciones de iluminación, entre el límite inferior en que ellos salen de la noche y el límite superior en que la luz demasiado intensa ciega nuestra mirada, así la lucidez de la conciencia está limitada de una dispersión inaprehensible (el subconsciente propiamente dicho) y, del otro lado, por una zona de excesiva luz, donde reina una cegadora unidad y que, en la terminología de Eugenio d'Ors se llamara lo *superconsciente*. En esta región superior el ser no se define como un haz de relaciones, una suma de pensamientos, una sucesión de acontecimientos, sino como una substancia inmutable. Una substancia tutelar. El Angel de la Guarda.

Esta concepción apenas enunciada (y cualquiera que sea el desinterés práctico del que no rehusa, a pesar de todo el título, lo restaurador del culto de los ángeles), se adivina rica de consecuencias y destinada a transformar la vida. En los cursos profesados el año pasado en Suiza por Eugenio d'Ors, y al cual sus investigaciones sobre la angelología suministraron materia a menudo, las aplicaciones de la doctrina a tales dominios de la actividad intelectual—desde el arte del retrato al de la biografía (13)—han sido tratados con más detalle que en las cartas. Sobre la cuestión de la biografía, el prefacio escrito por el autor para "*Fernando e Isabel, Reyes Católicos de España* (14)" nos muestra una primera percepción. Allí Eugenio d'Ors refiere cómo debiendo escribir una vida de Goya y reflexionando

sobre las condiciones de este trabajo, entrevió la existencia, en el espíritu humano, de un principio de unidad superior a la conciencia, y comprendió, desde luego, que el verdadero problema de la biografía consistía menos en relatar los episodios de una acción desarrollada en el tiempo que en *definir* una persona. En otros términos, que es preciso elevarse directamente al "superconsciente" y captar el ángel. Si la conciencia fuera la cima del espíritu, ningún hombre podría tener mejor historiador de su vida que él mismo. Ahora bien, esto no sucede. Ocurre, a menudo, que un biógrafo sepa de ella mucho más que su héroe, puesto que admitimos, con nuestro autor, que una buena biografía no es una noticia sino una definición; no un relato sino la clave de un símbolo. No de otra manera un buen retrato deberá revelarnos algo más esencial que el aspecto físico de un rostro, o su "psicología", como se acostumbra a decir. Pero las perspectivas más sorprendentes que esta doctrina abre ante nosotros confluyen en la instauración, intentada por Eugenio d'Ors, de una soteriología general. En el vocabulario de las ciencias religiosas, la palabra "soteriología" designa habitualmente la teoría de la redención por el Cristo. Eugenio d'Ors la aplica a un sistema general, a la vez científico y práctico abarcando todo lo que concierne a la protección de un espíritu por otro espíritu: por ejemplo, la pedagogía, la medicina, el sacramento de la penitencia y, más largamente, la revelación en un alma del elemento angélico (15). Recordando la lección de Sócrates, nos propone una mayéutica de un género nuevo: el soteriólogo será el partero del ángel.

Por esto su libro *De la existencia y de la asistencia de los An-*

geles, al cual da la forma de cartas dirigidas a una persona atormentada de soledad, puede titularse aún *Introducción a la vida angélica,* semejante a las Cartas que San Francisco de Sales, isásogo de la "Vida devota" escribía a Filotea (16). Llevando más lejos la idea de la "Oración constante" preferida por el obispo de Ginebra, Eugenio d'Ors nos habla de la "Oración diafónica", donde el diálogo reemplaza al monólogo interior (17). En ella el ángel se despierta. Y, ciertamente, en un mundo trastornado, presa de contrastes y de oposiciones absurdas —entre las más absurdas: la de los "jóvenes" y la de los "viejos"—sería difícil designar una tarea más urgente que este parto de lo eterno, una vida más fecunda que esta concepción "rítmica" de la vida humana que según Eugenio d'Ors lleva al menos tres adolescencias..... A decir verdad no se es joven o viejo más que por accidente: la edad, para esta pedagogía dirigida propiamente (y sobre todo) a los cuadragenarios no parece corresponder más a la anécdota.

Sigamos esta guía que se ofrece a nosotros para arrastrarnos en la dirección de la substancia y de las definiciones inmutables; apresurémonos a emprender con él esta ascesis, esta peregrinación danteca a partir de la selva obscura, este viaje que desde el "Cabo de la Noche" nos conducirá al umbral de la luz.

NOTAS
DE LA ANGELOLOGIA
DE EVGENIO d'ORS

(1) Está claro que no hablamos de procedimiento mas que con una metáfora un poco grosera. El hombre no puede obligar a Dios. En presencia del texto sagrado, debe permanecer "en la espera de que este texto se le convierta en un testimonio de la revelación". Karl Barth *Revelación, Iglesia, Teología* París 1934. Entre las obras de K. B. traducidas en francés citemos también *Palabra de Dios y palabra humana.*

(2) E. d'O. *Glosario* 1934.

(3) V. Arnord Rademacher *Religión et Vie.* Ed. de la Cité Chretienne Bruselas V. también en una inspiración análoga y bajo la influencia del cura Maurice de Backer la revista *La Cité Chretienne,* de Bruselas.

(4) Sobre el pensamiento de E. d'O., v. *La Litteratura Catholique d'aujourd'hui* de Forst de Bataglia, Viena y Friburgo, Erder; y sobre el pensamiento religioso de E. d'O. la conferencia pronunciada con este título por Mathilde Pomés en el Círculo Marceau, el 21 de diciembre de 1934, y resumida por C. Rodríguez Pintos en el *Courrier philosophique de E. d'O.* núm. 2 "Otoño 1934".

(5) Pueden amarse a la vez la metafísica y el dibujo; tanto más cuanto según E. d'O., existe entre estas dos disciplinas una especie "de identidad funcional". Sobre este punto véase F. Lefebre, *Une heure avec...* 5 c serie, edición, n. r. f.

(6) "Lo que fascina, pero también lo que existe de esencialmente justo en la actitud intelectual de Nietzsche es que ve a los individuos también como a los pueblos, a las culturas, las épocas enteras a la manera de imágenes..... Describe cada carácter según razones primordiales de su apariencia exterior o más bien encontró la clave del mundo invisible en el mundo visible y alimenta sus pensamientos en la realidad del símbolo". L. Klages, *Los principios de la Caracterología.* Esta definición del pensamiento nietzscheano podría igualmente aplicarse al pensamiento de Eugenio d'Ors.

(7) *Le Monde Cassé.* París 1933 (citado varias veces por E. d'O. en su curso en la Universidad de Ginebra).

(8) Fragmentos de la *Ciencia de la Cultura* han sido publicados en la *Revue des Questions historiques* 1934, y precedido de un estudio de Eugene Marsan. Sobre la misma materia un curso fué profesado por E. d'O. en la Universidad de Ginebra en 1934. Véase también en *La Nación* de Buenos Aires (septiembre 1934) el artículo de L. Israel, titulado *Eugenio d'Ors contra Paul Valery.*

(9) La iconografía, a partir del Renacimiento, refleja este estado de espíritu: el ángel se metamorfosea en angelote; al Angel-Niké sucede el Angel-Cupido. No menos fatal a la creencia en los ángeles es el "serafinismo romántico", la identificación del ángel a la mujer. Añadamos como característica de la reacción de Eugenio d'Ors una repugnancia en él a toda desviación de la angelología hacia el espiritismo, la teosofía, etc.

(10) Véase sobre este punto una carta del Abbé Lacaze en el *Courrier Philosophique d'E. d'O.* Septiembre 1934.

(11) E. d'O. *De l'existence et de l'assistance des Anges.* 3.ª parte.

(12) En la primavera de 1930 E. d'Ors propuso a P. Desjardins como tema de discusiones en Pontigny para una década del verano siguiente: *Los temas "Insconsciente" y "Subconsciente" son sinónimos?* Esta sugestión fué abandonada por la oposición de André Gide.

(13) En Berna E. d'O. habló del Secreto de la biografía, en Ginebra del *Secreto del retrato.* Sobre este mismo tema dió en 1933 una conferencia en el P E N Club de Bruselas.

(14) N. R. F. 1932 Véase también la *Vie de Goya,* N. R. F. 1928 *passim.*

(15) En los medios influídos por la angelología de Eugenio d'Ors se constituyó hace algunos años en España una "Obra de los Solitarios" destinada a venir en ayuda moral, habiéndose reducido a un mínimun el socorro material, de los seres, más numerosos que lo que se cree, que sufren un abandono total—despojados de familia, de amigos, etc. Muy recientemente se hablaba de la fundación de una orden o de una congregación al servicio de este género de miseria. Existe en París una "Oeuvre des Oubliés" concebida por un designio análogo.

(16) Sobre San Francisco de Sales, interpretado por E. d'O. véase *Au Grand Saint Christophe.* París 1930.
Saint Christophe. París 1930.

(17) *De l'existence et de l'assistance des Anges.* 1.ª parte.

RAZON Y SER DE LA DRAMATICA FVTVRA

por

GONZALO TORRENTE BALLESTER

RAZON Y SER DE LA
DRAMATICA FUTURA

POR

GONZALO TORRENTE
BALLESTER

RAZON Y SER DE LA DRAMATICA FVTVRA

FORMA

"Aquí trataré de la Poética..."

Aristóteles

Comenzando como el viejo heleno, aquí trataré del drama que se ha de elaborar en el mañana luminoso.

Con tres elementos ha de ser creado: tradición, orden, estilo. De la tradición viva puede saberse el futuro inmediato por sus propias leyes; el orden es siempre el mismo, y los caracteres del estilo nuevo ya apuntan en esta alborada. No son, pues, presunción excesiva, sino hazaña de menguado valor, estas cosas de profecía.

Y, porque es más fácil, seguiré, en lo posible, el orden que hace ya muchos años dió Aristóteles al tema; con respuesta

para alguna de sus cuestiones y para otras que la experiencia de los hombres añadió entre tanto.

Tendrá su origen la Tragedia nueva en el pulso y latir de los nuevos tiempos, culminando en ella la expresión estética, cual corresponde a horas de plenitud y mediodía. Porque es ley morfológica de la cultura, que un gran teatro ---como una arquitectura grande---, sólo tengan razón de ser en las madureces de la Historia. Paralelamente surgirá ---por la misma ley--- la comedia nueva, ya que lo imperfecto del espíritu humano necesita compensar lo heroico con el descanso de la risa. No será, sin embargo, esta comedia "imitación de los peores", como Aristóteles prescribe, porque en tantos años hemos aprendido mucho de lo ridículo y se ha alterado considerablemente su valoración. Podemos ver en lo cómico la *otra vertiente,* si lo trágico es ésta, escarpada y difícil, que conduce a la cima. Pero dejando en ella ---en lo más alto---toda noción moral para no introducirla en el descenso.

La Tragedia será expresión del *misterio supremo de la vida humana* ---el misterio del Destino, del Tiempo y de la Energía cuando quieren ser conocidos por la inteligencia; es decir: la peripecia de poner límites a lo que por esencia no los tiene---, encarnado en un hombre excepcional, Héroe o Protagonista, de voluntad disparada hacia metas inaccesibles, cuyo resultado siempre tiene que ser la-

mentable, porque se origina en un desequilibrio de las facultades del Héroe, al subordinar la inteligencia al querer.

La magnitud del esfuerzo, la nobleza, hacen que el lamentable fin del protagonista trágico sea de todos respetado. Pero cuando entre medio y fin hay una desproporción excesiva, y el protagonista no alcanza altura moral conveniente, entonces, aunque su fin sea lamentable, nos reímos mucho. ---Para que la muerte conmueva, no basta que sea "muerte", sino que requiere ser una "muerte en forma";---. como siempre, ésto, y todo lo demás, es un "problema de forma"---. Decimos que el Protagonista cómico no "está en forma"; nos reímos prescindiendo de toda noción moral, como queda dicho, sirviendo de estímulo o razón de nuestro reir la desproporción evidente (proporción, desproporción: nociones, no de ética, sino de "estética formal".)

Sigue teniendo valor, después de tantos años, el carácter cerrado que distingue a la tragedia ---y, en general, a todo el TEATRO---. Lo que se representa, para ser perfecto, ha de tener principio y fin; y un desarrollo normal y consecuente. Lo dramático no es poroso ni resbaladizo, y todo lo que contenga ha de estar allí y ser allí resuelto, sin relaciones con el exterior ni interrogación y puntos suspensivos al bajarse el telón del último acto. Finales de esta clase ---que no son finales, sino peldaños útimos de una escalera rota---, están bien en el género más ilimitado, más informe, de la novela. (De aquí la razón del último fracaso COMO TEA-

TRO de obras poéticamente tan perfectas como "MAYA", de Gantillon, o "EL ESTUPENDO CORNUDO", de Crommelynk; en el Teatro, nada puede quedar para mañana.)

De acuerdo con este carácter, sigue también vigente el principio de UNIDAD. No es aquí la ocasión de discutir si la interpretación francesa, o la alemana, de Aristóteles y su doctrina de las unidades, es exacta. Aristóteles comprendió que "forma" quiere decir "unidad y algunas cosas más", y resolvió lo de la "unidad" con las de acción, lugar y tiempo, de acuerdo con las necesidades del mundo helénico del siglo IV antes de Cristo.---En el XX cristiano, arriesgamos, para el problema, dos soluciones: a) Unidad de emoción y estilo. b) Unidad de escena, acto y drama.

A la unidad de acción respondemos: que varias paralelas, concebidas orgánicamente, no destruyen, ---antes bien, completan y perfeccionan---, la totalidad dramática.

A la unidad de lugar, que fué concebida por limitación especial del alma griega, hoy destruída ---y superada--- en el mundo de Occidente. Aparte de que toda insistencia en el lugar es imperfección de la tragedia, cuyo acontecer es más bien en el espíritu que en lo externo geográfico.

A la unidad de tiempo, que el concepto apolíneo temporal (por ejemplo, en Eurípides) y el concepto fáustico (por ejemplo, en el "Pericles" de Shakespeare), y las intuiciones paralelas a dichos conceptos, han sido superados por el concepto y la intuición católicas (por ejemplo, en "El Gran Teatro del

Mundo", de Calderón, donde el *tiempo como factor dramático* no existe.)

Entendemos por unidad de emoción y estilo: la persistencia de la actitud del artista ante su obra; y la correspondencia de esta actitud, y la línea general de los resultados, con el orden del preferir y el "esquema de forma" de todos los hechos culturales de su tiempo. (Fórmula subjetiva: purgarse el artista de su "individualidad"; entregarse, por entero y sin restricciones, al contorno y a las cosas en él incluídas.)

Entendemos por unidad de escena, acto y drama, la subordinación jerárquica justa entre las partes respecto al todo; colaborando las partes en la medida de lo posible y lo necesario; teniendo siempre presente ---en emoción e inteligencia--- que lo importante es cierta *forma total* denominada *tragedia, o comedia o farsa,* y no un fragmento determinado; y que toda filtración, de cualquier orden, bien como mayor importancia concedida a una parte con detrimento de las demás, bien como disgresión o afluente grato, contribuye a deshacer la armonía del conjunto, cuando es sabido que todos los pecados serán perdonados, menos los que van contra la armonía.

No podemos, como Aristóteles, decir cuáles sean estas partes de la tragedia, porque él filosofó *a posteriori,* con un acervo dramático muy respetable en calidad y cantidad, de que, por ahora, carecemos. Así que aquí sólo cumple señalar los datos más generales; algo así como el *esquema estético* del Teatro futuro.

No me es grato hablar de mecánica teatral, o de técnica. prefiero hablar del milagro (el milagro es un hecho perfectamente clásico; no es un *desorden,* sino un orden superior.) Y el milagro de la dramática futura ha de ser cómo la relación entre el Héroe o Protagonista y la Masa o Coro se resuelve en perfecto equilibrio. Porque a primera vista esto parece de un barroco subido, y porque no lo es, se habla de milagro y de *superior orden.* Milagro, y admirable, que esta desproporción evidente entre Protagonista y Coro ---o entre Héroe y Masa---, no se resuelva, de una parte, en retorcimiento y gesticulación; de otra, en coces y griterío. *Milagro del orden.*

Se impone, pues, decir algo sobre el Héroe como Protagonista trágico, y sobre la Masa como Coro de la tragedia.

Dice Aristóteles que serán Protagonistas en la Tragedia, *aquellos que tienen la mediania;* que *ni por gran virtud ni justicia exceden a los demás, y que, ni por vicio ni por maldad, sino por algún error humano, cayeron en infelicidad.* Recuerdo, por otra parte, que Bances Candamo, en su "Theatro de los Theatros", habla de que *las facciones de los Héroes -- han de ser desmesuradas.* Nosotros, a tanta distancia nos encontramos del Aristóteles académico como del barroco Bances Candamo.

De Aristóteles, porque después de la Tragedia de Jesu-Christo como Hombre exigimos la eminencia; del otro, por-

que, como clásicos, reclamamos para el Héroe la mesura. Que quiere decir poder abarcarlo, aun en su altura, de una sola mirada. (Mirar: facultad de percibir las formas, según se dice en D'Ors.)

Ni alcor mediocre, sino cima a muchos codos sobre el nivel de la masa; ni gigante informe, de cabeza limítrofe al cielo romántico y turbulento; sino cifra, resumen y compendio de lo mejor humano y de su *récord* de elevación.

Tal el Héroe, hecho Protagonista de tragedia nueva.

En cuanto a la Masa, lo primero y más urgente es que deje de serlo. La Masa, como tal, no tiene cabida ni en un estado clásico ni en clásica tragedia. En el estado, porque *forma* en ejército, estamento o gremio; en la tragedia, porque deviene, irremediablemente, *Coro*.

Caracterizan a la Masa la unidad de movimiento sin finalidad concreta, pronta a huir o desbandarse; la carencia de opinión general y la multiplicidad de voces. Por el contrario, los movimientos del coro, si unánimes, están ordenados a un fin: representan el pensar común con referencia a cuestiones muy concretas y su voz es una, bien cuando habla por todos el corifeo, bien cuando el conjunto se expresa en melodía coral. (Podrían precisarse las semejanzas con la Masa política, hecha ejército, estamento o gremio; mas es pecado de digresión.)

No se ha puesto en claro, todavía, la función y servicio del coro en la tragedia griega; ni creo que ---para estas notas---, interese demasiado, ya que de lo que se trata es de averiguar cuál sea esa función en la nueva tragedia. Y yo creo ---sin que este creer deje de estar sujeto a revisiones futuras---, que pue-

de resumirse así: Primero.--En el Coro recaerá el papel de Antagonista, con ese antagonismo que existe por ejemplo entre el artista y la obra. Segundo.--Ese antagonismo se concreta y plantea en forma de conflicto cuando por el coro no son comprendidos ni los esfuerzos sobrehumanos del Héroe ni las soluciones que éste ofrece ---como Revelación--- a los anhelos más profundos del hombre, que el coro simboliza. Tercero.--Surgida la solución desfavorable ---es decir, trágica---, el Coro se comporta con esa indiferencia, con ese espejismo despistado que lo caracteriza ---que caracteriza al pueblo--- cuando se divorcia en cuerpo y alma de los que lo conducen. Lo que se simboliza dramáticamente con el fraccionamiento del Coro en individuos, con el rompimiento de la unidad melódica en "buenas voces" de señores cualesquiera que reclaman para sí intervención individual en el concierto *y derecho de ejercer su propio drama.*

Con lo cual queda sentada la licitud de introducir elementos cómicos en la tragedia, siempre y cuando éstos no se refieran al Protagonista. Porque es indudablemente cómico este gesticular del señor Cualquiera reclamando el sagrado derecho de ejercer su drama. Aunque la introducción de este epílogo democrático queda a elección del Poeta , y no es aconsejable por la propia dignidad de la Tragedia.

Distínguese el drama de otros géneros de poesía en la más estricta de las objetividades. Es primordial *la ley de fidelidad al personaje,* que puede formularse diciendo:

toda persona dramática tiene derecho a ser expresada según su esencia, y el poeta debe únicamente servir con sus medios peculiares este derecho de expresión.

Graves consecuencias se derivan de esta ley, y no es la menor una reviviscencia del antiguo problema y oposición entre realismo e idealismo. Pero es de esperar que una actitud clásica supere la oposición y resuelva el problema.

He aquí una figura ---real o imaginada--- en trance de convertirse en personaje dramático. Por análisis obtenemos sus caracteres, que serán de dos clases, *individuales o personales*. La elección de los primeros obliga al artista al más humillante servicio del accidente: el acento regional, tono de voz, capricho en el vestir, la irregularidad sintáctica o cualquiera otra cricunstancia de tipo individual exigen ser registradas y expresadas como cosas de idéntico rango. La figura así tratada ingresa en la más absoluta intrascendencia y se condena a inmediata muerte y desaparición. Se ha cumplido la *ley de fidelidad al personaje*, pero aplicada sólo superficialmente.

Como otras muchas, es cuestión de jerarquía. Si el artista destaca aquellos datos *objetivamente superiores* y en torno a ellos construye el personaje, la estructura resultante vivirá por sí misma con la vida propia de lo artístico, asentada en su propio ser. Sin que pueda ser puesta en peligro por la acumulación de datos individuales. Si de ejemplos vamos, compárese una criatura shakespeariana con otra ---pongo por caso---, de los hermanos Quintero. Aquí ceceo, chiste andaluz, garbo y donaire, conflicto sentimental, tratados con el realismo más riguroso. También en Shakespeare todas estas cosas, cuando

son necesarias, pero en calidad de cortejo ---cuya supresión no afectaría el drama en sí--- de datos fundamentales de tipo personal. Quítese a *Cancionera* la lírica y gracia de sus martinetes y seguidillas, y ¿qué queda? Pero Hamlet, sin su expresión especial, sin su figura, acaso sin su conflicto, reducido a esquema, es perennemente Hamlet y vive por sí mismo.

Por todo lo que, en el drama nuevo, como en todo teatro clásico, a la objetividad implacable ha de acompañar un fino percibir las desigualdades jerárquicas en lo que se refiere a la persona. Siendo la misma doctrina aplicable al comportamiento.

Cuéntase de antiguo el "aparato" como una de las partes de la tragedia, y si por tal entendemos la decoración y representación, cobra de pronto importante volumen, por las ideas que acerca del tema han sido enunciadas por elevados pensadores.

Como tantas otras cosas venidas de Oriente, tuvo el teatro ruso revolucionario un auge fuera de medida, y se llegó a la afirmación de que eso, y no otra cosa, era el verdadero teatro. Ortega y Gasset, embobado por los saltos de Nijinski, hizo el elogio más cumplido de este tipo de representaciones, añadiendo ideas que no vacilo en apropiarme, al lado de otras no tan fácilmente aceptables. Pero en aquella ocasión ---me refiero al ensayo titulado "El Murciélago"---, quedó el problema de la relación entre la plástica y la literatura teatrales planteado de nuevo, quiero decir, urgiendo una solución de acuerdo con

los nuevos tiempos; ya que no podía habérsele escapado al Estagirita, sin darle, además, la solución adecuada cuando afirma *que la Tragedia tiene su fuerza sin los representantes y sin el Teatro.*

Afirma Ortega que, en el caso de una perfecta obra teatral perfectamente representada, nos hallamos ante *dos sustantividades* --- la plástica y la literaria---, sugiriendo luego que no sabremos, acaso, a cuál atender sin detrimento de la otra, y proponiendo que la tarea del poeta sea *imaginar la farsa fantasmagórica componiendo un programa de sucesos... que han de ejecutarse en escena.* Pero Ortega, para llegar a estas conclusiones, parte del supuesto de que se va al Teatro a divertirse, lo que se parece mucho a decir que uno va a la Misa a divertirse. Yo no creo que el propósito fundamental de diversión congregarse a los helenos en el teatro de Epidauro. Pero, dejando esto para ser tratado en el lugar oportuno, el problema de las dos sustantividades se resuelve con una tercera sustantividad, de orden superior, que se llama *drama representado,* en la que siempre lo plástico ha de subordinarse a lo literario y servirle; de la misma manera que en la unidad sustantiva hombre, el cuerpo se subordina al alma y la sirve. (Como siempre, inevitablemente, problemas de Orden y Jerarquía.) Pero sin perder de vista hasta qué punto el cuerpo sirve al alma de medio expresivo.

Dedica Aristóteles muchas páginas al estudio de la dicción dramática, lo que parece muy bien. Aquí no trataremos el tema sino en lo que se refiere a la introducción de la lírica en la literatura teatral, porque en apariencia tiene relaciones con la dicción dramática.

Un diálogo insuperablemente expresado, por eso mismo, cobra valores líricos o que se reputan como tales. Se trata de lírica adjetiva, y no nos vamos a referir a ella. Pero a veces el ímpetu del poeta se descarría y matiza el diálogo con retazos de lírica pura, introduciéndola en el drama de dos maneras: o como forma habitual de expresión de los personajes, o como solución artística de un momento culminante. En ambos casos, la lírica sobra del drama; porque en el primero se falta a la ley de fidelidad al personaje, se falta a la objetividad. (Así, cuando en una deliciosa pieza ---llena de excelentes calidades líricas--- de García Lorca una moza rondeña, en descripción de fiesta taurina, dice que *parecía que la tarde -- se ponía más morena,* no es ella, la moza, sino el poeta quien habla; y en el drama nunca puede hablar el poeta.) Y en el segundo caso, porque se escamotea la solución dialógica, que es más perfecta y la propia del género dramático.

Queda por hablar de los temas del nuevo drama. El Teatro europeo alcanzó la decadencia y descomposición en que lo conocimos por crisis de temas. En realidad, la misma vida de Occidente, como tema, era bastante aburrida, y nada podía llevarse al Teatro capaz de sugestionar, enajenar

al público ---al pueblo---. El tema es el armazón dramático, lo que sostiene y hace eficaz a la forma. Y es sabido que a la muchedumbre sólo se la subyuga con estupendas cosas, donde pueda ejercitar su natural tendencia a la admiración de lo heroico: por eso la popularidad de deportes y fiestas taurinas, donde se asiste a auténticas hazañas. Un Teatro de plenitud no puede seguir nutriendo su repertorio temático de pequeños líos burgueses; se impone la vuelta a lo heroico y pedir prestados sus nombres a la épica, para otra vez, como nos dice Esquilo, hacer tragedias con *migajas del festín de Homero*. La épica nacional por sí sola puede dar motivos suficientes para todo un ciclo teatral, como en el teatro español del siglo XVI o en los dramas históricos de Shakespeare. Pero donde hemos logrado figuras de tanta universalidad como don Juan o Segismundo, no podemos limitarnos a lo estrictamente nacional. Bien está, y es necesario, un drama español para hombres, para los hombres todos. Y eso sólo se logra sumergiéndose en lo eterno humano, para encontrarnos allí con el tema eterno, con el Misterio.

Yo creo ---dice Giménez Caballero, a quien sigo---, *que el Teatro se encamina, más cada día, hacia su esencia originaria y permanente. Que no es otra sino la del Misterio, la de lo mágico. La "representación de la vida humana" como fenómeno religioso.*

¿Es que hemos añadido algo a nuestro saber del Misterio? ¿Es que ha dejado de serlo? Por el contrario, después de siglos de pedantería positiva, las interrogantes fundamentales del hombre permanecen intactas. Dejemos su investigación a la

Metafísica, pero llevemos su presencia al pueblo en la única forma que él puede conocerlas: como Mitos.

Mito, Mágica, Misterio. Y también épica nacional, hazaña. Ahí laten, reclamando insistentes su expresión poética, los temas de la nueva tragedia; que acaso, estéticamente, pueda ser denominada: MISTERIO DECORATIVO.

Y un poco sobre la farsa. En la antigüedad, los poetas que concurrían a los campeonatos teatrales debían presentar ---¡medida sapientísima!---, tres tragedias y una comedia. La risa al lado de la más respetable seriedad.

La nueva dramática aportará también la comedia nueva, la nueva farsa. Porque el pueblo necesita reir y porque es buena la risa. Y por la necesidad de la otra vertiente. Pero sin humorismo ---es decir---, sin amargura. Risa, acaso, químicamente pura, exenta de moralidad e intención de sátira, transparente y aguda como esquirlas de cristal.

SENTIDO

Y esos señores atareados en pergeñar futuros económicos, que preguntan ahora, utilitariamente: Y en el mundo de mañana, ¿para qué servirá el Teatro?, hay que responderles: Para nada, afortunadamente. Porque el

Teatro de mañana será bueno, no servirá para nada, y mal Teatro el que para algo sirve.

Y no se crea que traemos aquí, a deshora, aquello de la inutilidad del arte, de que hablaba Wilde. Tan absurdo es hablar de su utilidad como de su ser inútil. Porque el criterio de utilidad sólo puede aplicarse al mundo de las cosas económicas, lo que no le pertenece ni es útil ni deja de serlo.

Si se preguntara, en cambio: ¿Sirve el Teatro?, con ese otro sentido de "servicio" que hoy vamos entendiendo todos, la respuesta no sería negativa.

Porque el Teatro ---ni el Arte, como creyeron los románticos---, no es lo supremo en la jerarquía de las actividades humanas, se le pueden señalar diferentes servidumbres. La servidumbre del Hombre, la del Tiempo y la de la Cultura.

Sirve al Hombre simbolizando y dando forma plástica a sus anhelos; descubriéndole, por la vista y el oído, la realidad íntima que de otro modo nunca podría aprehender. Porque no es de sí mismo, sino del exterior, de dónde llegará la verdad al hombre.

Sirve al Tiempo, recogiendo y haciendo perenne lo fugaz, dando eternidad al momento.

Sirve a la Cultura, porque eleva a Forma y Arquetipo lo individual y concreto, reduciéndolo a esquemas permanentes.

El Teatro no "servirá para" ---criterio de utilidad.
Pero el Teatro "sirve a" ---criterio de "sentido".

Procuraremos hacer del Teatro de mañana la Liturgia del Imperio. Claro que no es necesario, como no es necesaria la ceremonia pontifical para el Sacrificio de la Misa.

Pero, ¿no estaría mejor nuestro *29 de octubre* si en él, como Liturgia o Ceremonia se representase una Tragedia que todavía está por hacer? Y no es nada nuevo este carácter litúrgico del Teatro. Piénsese en Calderón, en sus Autos y en el Corpus-Christi; piénsese en la Edad Media y en sus Misterios y Moralidades.

Piénsese en la Misa.....

Decididamente, lo mejor de los *29 de octubre* futuros será la representación de una Tragedia.

TRANSCENDENCIA

Fuerza es que volvamos, una vez más, a lo que Aristóteles nos dice.

Toda vez que el Arte en general, y, concretamente el Teatro, están hechos para los demás, no puede desdeñarse la consideración y estudio de sus efectos. El Teatro tiene una importancia social extraordinaria que le da el ser Arte para muchedumbres, el único Arte ---excluyendo quizás la arquitectura---, que es para muchedumbres.

Constantemente se refiere Aristóteles a la catarsis como

efecto de la tragedia sobre el auditor, a quien la contemplación de la peripecia debe producir *terror y misericordia*. (No habla para nada de la diversión como efectos del Teatro sobre los helénicos espectadores.) Y el *terror y la misericordia* son dos efectos *estáticos* que se producen en las capas más profundas del hombre, en *su persona*, en tanto que la diversión es un simple efecto superficial.

El valor estético de la tragedia no dependía de su capacidad de producir catarsis. Son vivencias de distinto tipo, aunque de igual profundidad. La catarsis es un efecto que nos atrevemos a llamar "moral".

De aquí no se va a concluir la necesidad de efectos morales en la tragedia nueva ---que puede que se den de añadidura---, sino sólo que ya antiguamente se tenían en cuenta otros resultados que los puramente estéticos, y que estos resultados eran de gran valor.

Yo no creo en un posible renacimiento de la catarsis. Ni de aquella *ejemplaridad* que obtenía el selecto público francés del siglo XVII de las tragedias de Racine. Mas espero que el público futuro asista al Teatro como a *una devoción*.

Pensemos en la devoción como algo más que una buena costumbre. Por lo menos, como una buena costumbre religiosa. Muy de acuerdo con el carácter religioso de la tragedia nueva ---en general, de toda auténtica tragedia.---. (No se recuerde para nada la pretensión ---tan Ochocentista--- de que el Arte, o el Teatro, sustituya a la Religión en el cora-

zón del hombre. Un Arte clásico ---o sea, limitado, y consciente de sus límites---, no puede aspirar a tal. Pero hay cosas comunes al Arte y a la Religión; o, mejor dicho, cosas humanas que el Arte y la Religión comprenden. Podemos exigir y cultivar el mismo fervor cuando el Arte las trata que cuando las trata la Religión. El mismo fervor en el artista que en quien las contempla.)

Devoción vale tanto como respeto, entusiasmo y constante entrega. Con un algo más inefable a que debe su especial matiz. Ese *algo más* queremos para el público nuevo, y sólo puede aludirse con una palabra: *religiosamente*. Eso mismo que se expresa cuando decimos que el auditorio escuchó *religiosamente* a tal orador o presenció *religiosamente* los bailes de tal danzarina.

Pero el que asiste *religiosamente* a una cosa busca en ella algo más que diversión. Cuando el pueblo asiste religiosamente a ritos ancestrales, no se divierte, sino todo lo contrario. Diversión es dispersión, distracción, apartamiento. Pero el que asiste religiosamente a los bailes de tal danzarina, no se dispersa: se concentra. No escinde su conciencia, que la unifica. Decimos que la expectación religiosa logra la unidad personal partiendo de un estímulo que penetra muy en lo hondo humano y ordena desde él y en su virtud todos los estratos del ser. Que es justamente lo más opuesto a la diversión. El que se distrae o divierte concentra su ser en un

punto periférico al que no pueden alcanzar las vivencias más profundas. Por su profundidad, la actitud devota es la más adecuada para contemplar la tragedia.

En esto radica el efecto profundo del Arte, que no es incompatible con otros efectos, sino que, antes bien, se acompaña de ellos y los necesita para su total eficacia. La diversión será el cimbel de que se valga la nueva tragedia para captar después la más profunda atención ---la devoción--- del pueblo espectante.

Sí. Es cierto que todo esto necesita de un público educado. Pero, entiéndase bien: no es igual público educado que público selecto. No es igual conducido que escogido. Pero esto se relaciona mucho con la política.

¿Por qué será que las grandes épocas teatrales han coincidido siempre con períodos de política vertical?

Mas la cuestión excede los límites de este trabajo para pertenecer por entero a la sociología. Si es que ésta puede resolverla.

Pero volvamos a la acción del Arte ---del Teatro---. Porque se produce indudablemente, y en lo más íntimo del ser humano, será conveniente investigar su naturaleza.

Dice Moritz Geiger que la acción profunda del arte está, no en producir placer, ni siquiera goce estético del mejor calibre,

sino algo superior: la acción profunda del arte *hace dichoso.* ¿Se explica ahora que exijamos una actitud reverente, devota, ante algo tan importante como la dicha? ¿Y no encontrará en esto, y no en lo que dejamos apuntado, el Arte ---y el Teatro--- su sentido?

Si por la nueva tragedia va a encontrar el hombre nuevo un poco de felicidad, merece, yo creo, una parte considerable de nuestra atención y cuidado. De nuestra mejor atención: vigilante, preocupada, activa.

POESIA

D'Ors
Basterra
Foxá
Ridruejo
Rosales

POESIA

DE

Gustavo

Adolfo

Becquer

EVGENIO d'ORS

EUGENIO D'ORS

Soneto de las Regencias de Fernando el Católico

Por Roma vamos, que ya España es hecha
Y se empreñan sus horas de destinos.
A Roma llevan todos los caminos.
Tenga su singladura cada fecha.

¡Nación, nación, cómo te vas derecha,
Punzada por los tábanos divinos!
A quien se embriaga de imperiales vinos,
La patria pronto le parece estrecha.

¡A Roma, pues, con todo!.... — No con todo,
Que dos abismos, por secreto modo
Sorben la hispana gente y su bravura:

Miraje doble, en doble lontananza,
El desierto africano y su venganza,
La selva americana y su aventura.

(De "Fernando e Isabel, Reyes Católicos de España")

RAMON DE BASTERRA

A los jóvenes dolorosos

Oh, joven doloroso, joven triste
Que sufres como yo del mal de España
Y que una negación honda, en tu entraña
Tienes, clavada, contra lo que existe.

Tu virgen corazón vibra de saña,
De santa saña porque no tuviste
Lo que pidió tu amor cuando naciste:
De la Patria, una idea y una hazaña.

La general inepcia fué el veneno
Que atosigó tu juventud vehemente,
Y de asco y de dolor yo te sé lleno.

Mas el futuro es nuestro y esa gente
Que hizo nuestra desgracia, ¡se va al cieno!
Hermano, aquí va un ósculo a tu frente.

AÑO MCMXVII

A los pobres dolorosos

O h, pobre doloroso, pobre triste
Que sufres como yo del mal de Ayguda
Y que tras negro bonda, en tu cabaña
Tienes, cifrada, contra lo que existe,

Tu propia corazón toda de saña,
De mala saña porque no trasiste
Lo que pudo tu amor cuando mascate
De la Patria, una idea y una hazaña.

La general inopia fue el resorte
Que alzara tu pundonor ofendido,
Y de ese y de dolor yo te sé fuerte.

Mas el futuro es nuestro y con gemir
Que hizo nuestro destierro, fe en el cielo!
Hermano, aquí te doy fraternal grito.

AÑO MCMXVII

AGVSTIN, CONDE DE FOXA

AGVSTIN CONDE DE FOXA

Romance de la Primavera

I

Ha pasado el tiempo
de la nieve blanca.
Madre, abril nos llega
como una muchacha.
¡Qué perfume, madre,
tiene esa montaña!
Cuando cese el fuego
saltaré a las zarzas
con moras y nidos
donde canta el agua.
De los verdes prados
sobre una baranda
una vaquerilla
come sus manzanas.
Yo haré que me borde
las flechas borradas
por vientos y lluvias
con dedal de plata.

Que el campo está alegre
y abril nos espera.
Bajaré a Valencia
con la primavera.

II

Cuando venga el tiempo
de la golondrina
rozará el almendro
en flor, mi mochila.
Yo haré un campamento
sobre la colina
cuando venga el tiempo
de la golondrina.

III

En caballo blanco
junto a las trincheras
el capitán pasa
con cinco banderas.
Su trompeta de oro
suena en la pradera.
"Secad bien la pólvora,
falanges guerreras;
pronto nadaremos
sobre la Albufera."

IV

Con sus ayudantes
grita el general:
"cambiemos el trigo
por el arrozal;
allá entre naranjas,
brilla una ciudad
con cien miradores
que dan sobre el mar."

Niña burgalesa
dame tu bandera,
bajaré a Valencia
con la primavera.

V

Los tanques son rocas
que bordea el río.
El camión sin vientre
suena en el estío.
¡Ay! dulce enfermera,
quién fuera un herido
por sentir en julio
tu pañuelo frío.
Vuela la cigüeña
sobre los caminos.

Su sombra es tranquila
y azul, sobre el trigo.

Novia castellana
que borda y espera,
bajaré a Valencia
con la primavera.

Marino Imperial

Para Fermín Yzurdiaga,
capitán de mares difíciles.

Alférez de navío cuya vaca
Es la ballena y por reloj la brújula;
La palmera encendida en papagayos,
El negro azul, cañaveral de azúcar.
Marino del Caribe o Filipinas
Que cruzas suaves playas de criollas
Con faldas rojas y pañuelos blancos.
Tu timón huele a clavo y a canela,
Y en la noche del trópico estrellada
Visitas, un farol bajo las velas,
al marinero enfermo de escorbuto.
Trae el limón del Sur, trae la vainilla
Y el arroz de Luzón y sus corales,

Y el opio de Shangai, con los marfiles
Del elefante de Sierra Leona.
¿Lloras por el landó de la cubana
Cuando iba a oir la ópera a Santiago?
Tu negro piano, lleno de sextantes
Solloza un vals entre los planisferios.
Dame tu lente que en el horizonte
Distingue el surtidor del ballenato
Y la bandera inglesa entre la niebla.
Habla con tu alfabeto de banderas
Al mirador de la hija del negrero,
cuyos rosales ilumina el faro.
Y pinta a la acuarela a Oceanía
Con una orla verde de delfines
Y un indígena rojo sobre el mapa
Con un ojo de cíclope en la frente.

DIONISIO RIDRUEJO

Oda a la Guerra

Todo se adelantaba hacia la angustia
huído de sí mismo por el roce
oscuro del feroz presentimiento.

La catástrofe sorda navegaba
sobre la inundación de la agonía,
con un sabor de escombros en el aire.

Donde estaba el silencio reposado
venían a caer las alas yertas,
hirientes como dagas y cristales
con la fría inminencia del gemido.

Y cerca de la cal de las aldeas
la carne, amoratada por el miedo,
se rendía en un tacto de culebras
poblada por oídos anhelantes
que escuchaban el soplo de la muerte.

La voz, desconocida por los labios,
y exasperadamente confundida,
en un humo de gritos y sollozos,
escalaba las anchas tempestades
de un cielo de rubor y de tinieblas.

El mundo se oprimía de pisadas
torpes como la oruga del estío
y sucias del dolor de los pantanos.

Océanos del ancho desconsuelo
sepultaban el gozo de los días,
y en el miedo que hundía las edades
se aguzaban los filos de la rabia.

"No se puede vivir", clamaron roncos.
Y en las manos del joven encendido
amaneció el milagro del disparo.

"No se puede vivir", clamaron roncos
todos los horizontes acabados
en volumen de blanda cobardía.
Y la muerte escalaba. renaciente,
por las esbeltas savias de la ira.

Entretanto temblaba por los campos
el mediodía cereal y puro
donde la espiga se abatía al peso
de su granada madurez y al filo
de los cercanos hielos de las hoces.

Y el árbol alto y solo junto al cauce,
olvidando su cúpula altanera,
refugiaba el verdor de sus raíces
con el miedo del hacha sin destino.

Y el prado detenido mansamente
en el estrecho valle de sus flores
ardía bajo soles rigurosos
clamando por sus fuentes agotadas
la envidia de los yermos sin aroma.

Y el bosque, despojado de sus alas,
entrelazaba el cielo de sus frondas
en íntimo y seguro laberinto
estremecido al sol de las hogueras.

Y el ansia de los ríos encrespaba
la prisa fugitiva por los mares
desamparando al tierno regadío.

Y la roca apretaba sus contornos
entrañando delirios de volcanes
cada vez más esquiva para el viento.

Y el cielo se escondía de los ojos
torturado de ocasos y vencido,
bajo la pesadez de la insegura
nube de la agonía de los hombres
ceñida por la cólera del tiempo.

Todo se alzaba vacilante y solo,
en las márgenes duras del peligro
con un rumor vecino de caídas.

El hombre refugiaba su desvelo
en paredes espesas de miseria
que el odio penetraba con sus ojos.

El taller descolgaba sus martillos
para abatir los mármoles ilustres,
y las manos tiernísimas del lirio
muerto sobre la larga encrucijada.

La fragua trasladaba sus hogueras
al recinto sereno, donde el ara
reposaba la Altísima Presencia.

El rencor de las almas en derribo
desenterraba el lecho de las flores
donde el angel posaba el tierno vuelo.

Y en la orilla impaciente de las horas,
el amor, separado de los cisnes,
y preso al junco de la ausencia larga,
consumía su labio sin caricia.

Y, en tanto, el hondo pico de la noche
abría en desaliento los abismos
para abatir las cúpulas sagradas,

un cinturón de mares afligidos
esperaba la proa del navío
desarbolado en las llanuras frías.

Sólo en los campamentos inseguros,
acechados de esquinas penetrantes
y montados a los aires de los siglos,
la juventud erguida vigilaba
con las venas ardientes y seguras
navegadas al borde de los hielos
por una Patria de flor y brisa nueva.

España se rendía tristemente
con clamor de murallas en el polvo
y suspiros de miedo en las entrañas.

Ni el equilibrio de ceniza y hierba
que se agitaba en los lejanos huesos
ascendiendo en la hiedra acongojada;
ni el polvo de los héroes vencidos;
ni la piedra perenne de la historia;
ni el temblor de llanuras galopadas
y de mares abiertos, que venía
a enfurecer la sangre de los hombres,
podían contener el abandono.

Pero la sangre nueva fué ganando,
en pequeños arroyos de fiereza,
conmoviendo los hondos minerales,
las horas de la luz y de la alegría;

hasta que en anchos cauces derramada
llegó a mojar las ascuas del estío
en el anuncio rojo de la aurora.

Ahora está la guerra sobre Julio
adelantando el alba esclarecida
con un filo agudísimo de espada.

El campo cereal puebla saetas,
el árbol se desnuda como lanza
a penetrar el último destino.

El agua galopando en sus espumas
viene al retorno de la primavera.

El bosque, penetrado por el gozo,
alcanza su pasión de arboladura,
y la roca navega en quilla viva.

El prado dulce y lento del reposo
abandona su júbilo de flores
al seguro rigor de las batallas.

Los muertos agitados en su tierra
por el mar navegable de la sangre,
que en amoroso viento nos conduce,
juntan su cal piadosa al Renacido
que en la incumplida edad de su sosiego
asciende a la presencia de los astros.

Esta es ya, camaradas, en España

la fecha presentida y el alivio
de nuestras duras almas vigilantes.
Se abate la fingida arquitectura
que encarcelaba el ánimo afligido,
y todo en luz se nos presenta puro.

Esta es la hora viva en nuestras manos
en que, altos, con la pólvora y el fuego
se nos rinde la tierra merecida.

¡Que goce nuestra carne, duramente,
del rigor de la lucha que nos torna
al triunfo y esperanza de la vida!

El tiempo nuestro se dilata y crece
abriéndonos las venas impacientes
y dando a nuestros ojos deslumbrados
las sendas dolorosas y triunfales
que llevan al difícil paraíso.

No queráis las memorias afligidas
de aquella triste paz en que los hombres
para esquivar el riesgo de los aires
amaban las entrañas de la tierra.

La guerra nos invade con la rabia
que nos encauza el alto desvarío
donde el orbe redondo se presenta
dócil para el vigor de nuestra mano.

Alcemos el fusil sobre la aurora
rasgada contra el odio y el desvío
por el seguro sable del futuro.

Y entremos ¡oh laurel de los peligros!,
para cumplirlos amorosamente,
con delirios de paz en el combate.

LVIS ROSALES

La Voz de los Muertos

Es la voz de los muertos por la unidad del hombre,
Tierra firme y promesa donde descansa España,
Abre a la luz los ojos que nunca amanecieron,
Y las islas recuerdan que las unió la espuma,
Y los mortales oyen: Ya la tierra no existe,
La tierra que reposa, como un niño, en las aguas,
La tierra que ha inventado la presencia y mantiene
La luz, perseverante de su gloria en la tarde,
El perfume indeleble del laurel silencioso,
La duración del ser frente a la muerte clara.

Todo está desolado como un lecho vacío,
La soledad precisa la sucesión del agua
Y el resbalar creyente de la arena en el viento.
Cuanto tuvo sonrisa pertenece a la muerte,
Ya los altos pinares no ejercitan la sombra,
y nace el resplandor en brazos del olvido,
Y se pierde en la espuma la memoria del tiempo.

¿Dónde está, tierra firme, tu sencilla entereza,
Si los ojos del hombre, los ojos que llevaron
En su mirada amante toda la luz del día,
Para siempre han perdido la memoria del tránsito,
Y reciben la luz como un túnel oscuro,
Como una tierra estéril donde la miés se agosta?

Y tú ¿qué harás ahora? Tú, la España de siempre,
La vencida del mar, la pobre y la infinita,
La que buscaba tierras para dar sepultura,
La que vuelve los ojos polvorientos al valle,
La España de ceniza, de espacio y de misterio
Que nos brinda la sed y nos muestra el camino.
¡El amor de la muerte te quitó la hermosura,
Y el mandamiento alegre de la espiga dorada,
Y la belleza efímera del ruiseñor, y el sueño
Que despierta la alegre duración de las cosas,
Y el contorno doliente de la mujer que amamos
Por su presencia triste de carne sucesiva!
¡Y aún descansa en tu frente la esperanza del mundo,
Aún sostiene tu luz el sabor del milagro,
La unidad de las flores en el Cuerpo del Cristo,
La vigilia del agua bendiciente y unida
Que derrama en los aires claridades y aroma!

Y tú ¿qué harás ahora? Ya la tierra no existe
Y habrá que unir de nuevo la arena entre las manos
Para soñar, de nuevo, con su contorno huidizo.

¡La carne de tus muertos no conoce su tumba!
Y tu, la España unida por el polvo, la España
Virginal que ha nacido del tiempo y la promesa;
Y tú, ¿qué harás ahora? Murieron los varones
Cuya sola presencia cantaba en el silencio
Llena de luz entera como el cuerpo del día.
Quieta está para siempre la hermosura del mundo,
Quieta, sin movimiento que muestre su esperanza,
Quieta, divinamente, mientras la luna deja
Su doliente esplendor sobre la carne joven.

Y tú ¿qué harás ahora cuando los muertos vuelven?
Sobre la arena sola, desnuda y sin rumores,
Que consagró a los cuerpos su fervor silencioso,
Sobre las aguas tristes que enlutaron la espuma
De sus olas en flor, por los muertos que tienen
Toda la mar de España por sepultura y gloria,
Y de pié, sobre el viento melodioso y antiguo,
De pié, como murieron, ya sin peso en el aire,
Vendrán todos los muertos al corazón del hombre,
Vendrán a recordarnos la vida que tenemos,
La muerte que ganaron en penitencia súbita.
Cansados de su cuerpo vendrán, y con la sangre
Quieta, y enamorada y en soledad precisa.

Y así en la tierra dura que el trigo amarillece
Vuestro silencio ha sido la primera Verdad.
¡Silencio enajenado que la muerte hermosea!

¡Silencio que ha de ser tierra para el arado!
¡Gloria espaciosa y triste donde descansa España
Su viril hermosura tan antigua y tan nueva!
¡Tierra entera de sangre que es la voz de tus muertos
Y nos dá nacimiento, costumbre y agonía!
¡Tierra que sólo brinda paciencia y superficie!
¡Tierra para morir, deshabitada y loca
Por cumplir tu hermosura,

Oh España, Madre España!

TEXTOS

DOS DISCVRSOS DESCONOCIDOS

El Quince de Agosto abre su rosa de heroismo sobre las tierras de Navarra. El sol, en esta mañana litúrgica, quema, con amor de historia, las almas y los trigos. La Tradición reza su bronce en la campana ancha, solemne, de la Catedral. Y revive la gloria antigua de los Reyes, de los Prelados, de los Poetas, en los ornamentos y en las platas, en la voz angélica de los «Infantes de Santa María.»

Pues en un Quince así—enamorado de la Fe, de la Tradición y de la Historia—José Antonio rindió viaje y homenaje a Navarra. Venía afanado, con aquel hervor de su sed infinita, por «la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera Tradición Española.» ¿La encontró? Entonces le rodeamos unos pocos navarros. ¡Qué ansia por comprender el latido de su pecho, el tacto de los ojos, aquel estilo caliente, humano y joven de su palabra! Habló. La siembra fué breve. Había roto el surco nuestro hermano Julio Ruiz de Alda con el mismo arado de su hélice imperial de océanos, con el ímpetu de su voz bronca, sincera en la forja de la audacia y del heroismo. Y la siembra dió en sazón. Esta Falange Navarra de la Guerra, ancha y fiel, auténtica, laureada.

Leed, ahora, las dos palabras. Una censura cerril, republicana, mutiló, por cobardía, el grito ardiente de aquellos dos iluminados del Imperio. Yo guardo las cuartillas originales que escribieron aquellas dos manos ungidas de estrellas y de cielos, de rebeldías y de jerarquías: y, muchas veces, en las crisis acedas de este crecimiento de la Falange, vuelvo mi labio a ellas, para calmar la angustia implacable; porque están, en ellas, sus almas reflejadas y vivas.

José Antonio y Julio, en Navarra. Y tienen, los dos discursos, la gracia transparente de los esquemos escritos sobre la pizarra de la Verdad.

Tres columnas—en la palabra de José Antonio—para sostener firme la cúpula de España: Unidad, Hermandad, Espíritu. Contra aquel veneno separatista, servido—en signo de sacrilegios—en la santidad de los vasos sagrados, José Antonio y Julio hacen brotar la fuente limpia y sana de la «Unidad de Destino en lo Universal», vena gozosa del Imperio: pero—¡qué exacto!—sin arrumbar los caracteres tradicionales y emocionales de la tierra. Cuando el amor verdadero—que es difusivo de sí—enciende la llama de la Patria, no importa que se le nombre en la serena lengua de Castilla o en la dulce modulación vascuence. Quería, José Antonio, para nuestra Falange de Navarra «la mejor banda de chistularis»: que la flauta simple y primitiva de nuestros pastores acompañara el cántico de la Victoria en un pentagrama común y heróico de voces entrañablemente hermanas.

Luego la Unidad de las Clases, contra la dispersión y la represalia marxista. Ahí quedará, con maestría expresiva y trágica, la definición del proletariado comunista: «Una máquina helada de angustia y de odio», este pueblo español, infeliz y engañado, que quiso, en el vértice de su locura, asesinar su propia alma, imperial y eterna. Pero el vértice se afiló en flecha. Esta Flecha alegre, clara, ardida de la Falange que se clava en el futuro gozoso con destino y confesión de Fé. Porque «la grandeza histórica de España»—no lo olvidéis falangistas—reside «en el sentido religioso, Católico, Universal», de la Falange.

Leed, con despacio, estas dos palabras inéditas, dichas con fervor de plegaria, ante el Altar de la Tradición.

*Para esta hora fueron escritas. Y en la frente de su discurso quiso José Antonio poner esta consigna fundamental: «Debemos hacer la propaganda ...*CON LA EJEMPLARIDAD DE NUESTRA CONDUCTA*»; ¡que así es todo el «ser» de la Falange! Nuestras Banderas de los Frentes han culminado el ejemplo hasta el heroísmo del sacrificio y de la muerte. Sólo ellas—Escuadras Eternas de nuestros Caídos—pueden hablar y exigir: hablar de sed, de intemperie, de heroísmo, de la gloria difícil, de la perennidad de la Falange, que son ellos mismos, con sus cicatrices y su sangre. Y nos pueden exigir Milicia, Conducta Militar, Espíritu y carne, voz y estilo de nuestra Falange.*

Leed ahora...

FERMIN YZVRDIAGA LORCA.

BREVE DISCVRSO DE LA VNIDAD ESPAÑOLA

DE

JOSE ANTONIO

De esta reunión tenemos que salir con el propósito resuelto de constituirnos cada uno en un propagandista. Y tenemos que hacer la propaganda de dos maneras: una, con la ejemplaridad de nuestra conducta; otra, con la difusión de unas cuantas ideas que voy a tratar de precisar.

Nuestro Movimiento es el único movimiento *completo;* el único que mira todo el problema de España en su integridad, de frente. Los demás son movimientos sesgados, que ven a España desde puntos de vista parciales. Como ejemplo de estos movimientos *incompletos,* los que más pueden interesar en esta región son el nacionalismo y el socialismo. Hay que hablar un poco acerca de ellos.

El nacionalismo eleva las características nativas (lengua, cos-

tumbres, paisaje) a esencias nacionales. Se empeña en considerar que son las características nativas lo que constituye una nación. Y no es eso: las naciones son aquellas unidades, de composición más o menos varia, que han cumplido un *destino universal en la Historia. La unidad de destino* es la que une a los pueblos de España. Y entendida España así, no puede haber roce entre el amor a la tierra nativa, con todas sus particularidades y el amor a la patria común, con lo que tiene de unidad de destino, Ni esta unidad habrá de descender a abolir caracteres locales, tradiciones, lenguas, derecho consuetudinario, ni para amar estas características locales habrá que volverse de espaldas—como hacen los nacionalistas—a las glorias del destino común. ¿Qué amor al pueblo vasco es el de esos nacionalistas que colocan el apego a la tierra sobre el orgullo de los nombres vascos que hicieron retumbar el mundo con sus empresas bajo el signo de España?

El socialismo es también un movimiento incompleto. En vez de considerar a un pueblo como una integridad, lo mira desde el punto de vista de una clase en lucha con otras. Y lo que quiere no es mejorar la suerte de la clase menos favorecida, sino aprovechar sus torturas para agitarla por el camino de la revolución social. Así el movimiento socialista tiende a la proletarización de los obreros, es decir, a borrar las diferencias entre obreros incalificados y obreros calificados, con objeto de impedir que éstos destaquen de la masa propicia a la revolución; desdeña, además, al pequeño campesino autónomo, cuya vida es, a veces, mucho más dura que la del obrero; pero que no le sirve al socialismo para su revolución; y provoca,

por último, con huelgas políticas la ruina de las industrias, porque lo que quiere es masas de proletarios sin trabajo, desesperados, que aceleren la revolución. En las cartas cruzadas entre Marx y Engels, los autores del "Manifiesto Comunista", se habla de los obreros llamándoles *la canalla* destinada a hacer con sus puños la revolución.

Como el socialismo sólo busca la revolución social, hace del hombre una helada máquina de angustia y de odio, desligado de todo sentimiento: la religión, la patria, la familia, el pudor mismo, son extirpados del obrero como sentimientos burgueses.

Frente a esos movimientos incompletos, sólo el de Falange Española de las J. O. N. S. contempla al pueblo en su integridad y quiere vitalizarlo del todo: de una parte, implantando una justicia económica que reparta entre todos los sacrificios, que suprima intermediarios inútiles y que asegure a millares de familias paupérrimas una vida digna y humana. Y, de otra parte, compaginando esta preocupación económica con la alegría y el orgullo de la grandeza histórica de España, de su sentido religioso, católico, universal, de sus logros magníficos, que pertenecen por igual a los españoles de todas clases.

Si fundimos estas dos cosas, lo nacional (con todo lo que esto envuelve) y lo social (con todo lo que esto exige) nos cabrá la gloria de legar una España grande a los que nos sucedan.

SANA DOCTRINA CONTRA SEPARATISMOS

DE

JVLIO RVIZ DE ALDA

Sólo diré dos aspectos de nuestro Movimiento: nuestra posición ante el problema nacionalista y la táctica a seguir.

En cuanto al primer punto, nosotros partimos de este principio: que España fué hecha, fué construída por todos los pueblos españoles, y, por lo tanto, tan españoles somos los navarros como los castellanos, los vascos, los catalanes y los extremeños; que España tuvo y cumplió fines universales, misiones transcendentales, y que los navarros y vascos trabajamos y luchamos en todas las misiones y empresas españolas. Dimos navegantes y conquistadores, místicos y capitanes, teólogos y filósofos; y no sólo no estamos avergonzados de ello, sino que ello es nuestro mayor orgullo, nos solidarizamos con todas aquellas empresas y las defendemos. Y por eso defendemos a España,

pues para nosotros este nombre significa una unidad de destino, una misión universal que cumplir, y nos da las directrices que hemos de seguir.

Nuestra posición es clara y terminante. Ante un Estado español débil, fracasado e impotente como el actual, ante los últimos siglos de decadencia nacional, nosotros los navarros de Falange Española pedimos un puesto de combate en la vanguardia, para volver a rehacer a España, para darle otra vez personalidad internacional, y no seguimos la conducta cobarde y egoísta de los nacionalistas vascos que, creyendo débil e impotente a España, abandonan a sus hermanos y se encierran dentro de su egoísmo y de una mezquindad local. Somos españoles, porque somos navarros: y siendo así, y trabajando por la reconquista de España haremos honor a los trabajos, sacrificios, grandes victorias, grandes ideas y grandes hechos de nuestros abuelos.

A España hay que rehacerla. Todos vosotros, jóvenes, y todos los jóvenes de las tierras españolas, lleváis dentro un anhelo de superación, de rebeldía, un fermento revolucionario, que os dice que el Estado y la estructura nacional son hoy falsos, fracasados e impotentes. Nosotros, basados en los principios que José Antonio os dirá, nos haremos eco de ellos y guiaremos y encauzaremos vuestras actividades y vuestros trabajos, los haremos eficaces.

Estáis en el primer período, en el período embrionario de proselitismo y propaganda. A ello debéis dedicaros, y no cejéis un momento.

Para la propaganda, utilizad también los motivos sentimentales, locales; haced que los motivos nuestros —danzas, canciones, lenguaje— sean tan nuestros como de los nacionalistas. No les dejéis nunca el monopolio porque, por ser españoles, tenemos derecho a ellos. Por ser españoles, por ser navarros y por ser vascos.

Vamos a rehacer el Estado. Vamos a hacer la revolución que no pudo hacer la Dictadura y la que no ha podido o no ha querido hacer la República. Pero estad seguros, navarros, de que no sólo no tenemos ningún interés en deshacer la magnífica labor y la eficacia de nuestra Diputación Foral, sino todo lo contrario.

Por último, sabed que, para que nuestra revolución sea eficaz, es necesario conquistar la Nación antes de conquistar el Poder. Para ello necesitamos luchar, trabajar, sacrificarnos y vencer, pues sólo así, apoyándonos en legiones de hombres alegres, convencidos y decididos que hayan trabajado, se hayan sacrificado y hayan vencido, podremos con todo derecho, con toda la autoridad moral, imponer nuestros principios y nuestras decisiones a los amorfos, a los egoístas y a los traidores.

Reharemos España.

CAMPAMENTO

EXALTACIONES DE MADRID

POR

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

EXALTACION PRIMERA

Yo quiero ser tu cántico, Madrid! Porque siento tu dolor. Con bramido de mar lloran mis entrañas sobre tí.

¡Yo quiero ser la saeta de tu pena, en el aire, y volar hacia Dios! Y pedirle ¡piedad! ¡piedad! ¡piedad! Calma, a su ira. ¡Piedad a su maldición por tus pecados, Madrid!

¡Venid. pueblos de España! ¡Venid pueblos del mundo! Miradla, mi ciudad. Amarga llora en la noche profunda de su

cárcel. Tinieblas. Cerco de fuego. Desolación. Sangre y estiércol. ¡Y sus manos tendidas hacia un cielo cerrado!

¡Gentes que piden pan con piel negra de hambre! Sin quiciales las puertas. Y cocinas sin lumbre.

Como una inmensa viuda es cada casa. Calles raídas de árboles y piedras. Desgarrados aullidos, sin respuesta. Frenesíes de muchachas destrozadas. Iglesias sin cruces y sin muros. Llantos interminables ---entrecortados---, de niños sin nadie. Palacios desventrados y varones deshechos o en huída. Y jardines mondados por las balas. Y viejos sobre las aceras estrellados junto a perros y gatos ya podridos.

¡Miradla mi ciudad gemir, vosotros, pueblos de España! ¡Venid, pueblos del mundo! ¡Venid, ayudad y liberad su cautiverio!

¡Que allí están nuestros muertos, nuestros vivos! ¡Nuestro hogar! ¡Y es nuestra tierra! ¡Y nuestros hijos y madres están! ¡Y están nuestras mujeres y están nuestros ancianos! ¡Y nuestra sangre está!

¡Y debemos matar a nuestra sangre misma! ¡Y nuestra casa hundir nosotros mismos queriendo nuestra casa salvar y nuestra sangre! ¡En abrazo de muerte! ¡En ataque de vida!

Mientras abominables extranjeros ¡amos de la ciudad! nos azuzan, nos hostigan, nos escupen, nos afrentan de infamia en la sima infernal que nos abrieron. ¡Y con gozo diabólico se ríen viendo sacrificar a nuestra madre! ¡Y destrozar el cráneo a nuestro propio hijo! ¡Y nuestras mujeres ---entre vino y bombas, violentadas--- gritan!

¡Y queriendo nosotros saltar el cerco acribillado! Jabatos en

la noche ---rabia, furor, delirio¡ ¡rabia y dolor! con los ojos sin luz y espumas en las bocas---, ¡nos pegamos a tierra, y mascamos la tierra! Por que es más dulce la amargura de tierra ensangrentada: Y es más dulce sentirse como muertos bajo tierra, que vivir la iniquidad sin nombre de mirarte: ¡Madrid! ¡Madrid, maldito por Dios, maldito siete veces, siete!

EXALTACION SEGUNDA

Tu voz yo quiero ser, Madrid! Porque te amo.

¡Con zumbido de viento rueda la sangre en mis venas y mi ansia hacia tí! ¡Cómo canta mi alma tus recuerdos!

¿No eres tú la luz azul y ardiente de aquel día que yo abriera los ojos estrenando la vida? Sonaban las campanas de verano ¡mi catedral! que hoy es ceniza. Y allá por la carrera de Toledo, mi madre me ofrendaba a una Virgen ---negra y blanca---, con palomas. Palomas que han volado, heridas de metralla, sin aguas bautismales en las alas. Sino sangre. ¡Almas de niño, escapando sin bautizo!

¿No eres tú San Andrés, que veo en llamas? Alto, alto florecido de piedras entorchadas y caireles de piedras. ¡Alto! (Yo era tan niño.....) Y el colegio, muy cerca. Y mis primeras letras con hermanas de Dios. ¡Aquellas monjas! Pedreas en las Vistillas. Y el Seminario, mudo. Y aquellos carros que olían a verduras y frutas. Y la verbena con aceite denso. Y el organillo

alemán fundido en chulo y pañolín de seda. Y calle de Segovia ---bajo el Viaducto---. Y sus solares. Virgen del Puerto. Virgen la Melonera. Y el río. Y sus riberas, fosas de muertos hoy más que sus cementerios profanados, asaltados. Y allí, Palacio mirándose en el río verde. Y aquel resol de Palacio en sus ventanas, fuego es hoy sin resol. ¡Gatos cervales y lechuzas y lamices disparan sus graznidos de horror entre balazos!

¿No eres tú el carruaje que hacia el Pardo camina? ¿Y atraviesa entre carrascas y olmos, esa Casa de Campo? ¡Allí mi infancia y la infancia de los míos! ¡Y oigo gritos de míos fusilados! Las tapias del Corregidor en la Pradera no entierran la sardina con ceniza.

Sin enterrar ¡asesinos! caen los míos ante faros de coches requisados para el crimen y la orgía. ¡Faros sin parpadear en la noche de espanto, como ojos de Dios que espían implacables a Caín, y serán testigos eternos!

¿No eres tú, Madrid, la dulce calle de mi abuela? Con geráneos en la siesta de estío. Pregones por la calle, de estereros Y una horchata con paja. Y olor a nardo y a canela. Y allá los nacimientos, ¡Navidad! y Santa Cruz y las Candelas de invierno. Y el Otoño en la Armería. Y la Parada. Y aquel despachito de mi padre en los atardeceres. ¡Y el café en Puerta del Sol! Y aquel ancho Retiro, grande y siempre triste, democrático. Y el sueño de anochecido los domingos con la pena de volver a clase ¡Ah, tardes de cines y de toros!

¡Comités de rameras y canallas, quebrantando la paz y la dulzura de mi calle, me dejan sin recuerdos para siempre! Caballos de milicias pisotean el pesebre de Dios recién nacido

junto a Puerta del Sol. ¡Ya no hay cafés de besos y terrones familiares en la boca! Como ovejas los árboles trasquilan sus ramas y sus troncos. Son rapados sus leños por hombres como bestias, azotados de frío y de furor. ¡Oh, buen Retiro!

¡Ya no sabría encontrar la memoria de mi padre, entre cascotes y fango, derruída su mesa y su retrato partido! ¡Y hasta su tumba, gente mía, ya estallaron las granadas! Al otro lado de la ribera.

¡Tus lágrimas quiero yo ser Madrid! Porque mi sangre rueda, por tus plazuelas y avenidas, por tus rondas ---venas de mi cuerpo. ¡Siento tu cuerpo en mi, ya que soy tuyo! Y tus mutilaciones, tus muñones, tu lacería, tus miembros destrozados chorreantes--- me duelen con dolor sin queja, de castigo de un Dios que no se apiada.

¡Dime Madrid, ¿dónde fueron mis rincones de amistad y de amor? ¿Y aquel altar de mis días nupciales? ¡Las cunas de mis hijas! ¡Y mis libros de siempre! ¡Y la mesa donde el pan partía la que fundó mi hogar, benditamente!

¿Dónde fué mi paisaje de llanura isidreña y cuaternaria, con los pitos de trenes y "tíos vivos"? Y la Estación echando humo, con obreros que, al pasar, me saludaban por creerme simplemente su paisano. ¡Pitillos y palabras y estrechones de manos con chóferes, porteros, maquinistas! Y gente en mono azul ---aún sin sangre---, con manchas lubrificadas del trabajo. ¿Ya no están? ¿Ya son otros?

¿Quién puso cartuchera sobre el vientre del lechero, alegre, de mi desayuno? ¡No! ¡No! ¡No! ¡Dime, Madrid que no es posible, o que es un sueño!

¿Dónde fueron mis amigos de pelea? ¡Camaradas en la lucha por España! Claros eran los ojos de esperanza. Cárcel, asesinato desafiando. Desafiando la prudencia familiar. Desafiando el veneno sutil de maestros y periódicos y mitines alucinantes. Desafiando al dragón que acechaba su presa. ¿Dónde fueron, Madrid? ¿Dónde fueron, Madrid?

¡Maldición sobre tí! ¡Y sobre tí, anatema! ¡Si los míos, si mi vida, si mis muertos, mis amigos y rincones de paz no me devuelves! ¡Devuélveme vivas mis memorias, vivos mis recuerdos!

¡Y si no, que tus arroyos se coagulen con la sangre derramada! ¡Que ortigas y látigos te azoten tuétanos y huesos! ¡Que tu polvo sea azufre! ¡Y estiércol te llene el aire! ¡Y lo que nazca de tu vientre sean sapos y buitres; sean crías de buho! ¡Y que mi amor se te haga odio! ¡Odio infinito! ¡Odio!

EXALTACION TERCERA

Mis entrañas vibran como arpas en tu tribulación y llanto, Madrid desamparado!

¡Anda y solloza, babilónica ciudad del yermo! Tus pecados expía. ¡Llora sangre! Tus faltas purifica. ¡Llora sangre!

¡Anda, ciudad, ciñe tus flancos de tizones! ¡Siéntate ante tus puertas asoladas y devora tu maldad, y roe tu extravío! ¡Llora

sangre, Madrid! ¡Y abate tu soberbia! Y limpia de escorpiones tu regazo vil, estéril.

¡Llora tu luto! ¡Famoso castillo de torres derrumbadas: Sin alivio ya a tu miedo!

¡Madrid, castillo famoso....! Mas antes de ser castillo del Oriente y antes de ser altanero, cruel y duro ---Madrid tú fuiste campiña carpetana en la meseta---. Y calzadas de Roma transitaban tus viñedos y olivares. Tenías pan y aceite por tu vega. Y vino. Y labriegos que hacían la señal de la Cruz.

¡Tierra de San Isidro! Angeles en las aradas, peñas que manan chorros, y molinos que muelen sin fatiga su harina. Y el lobo que cae muerto. Y el pozo donde al hundirse el niño no se ahoga. Y el pudor absoluto de aquella Santa casera, que atraviesa tu río, sin mojarse, sobre su mantellín de boda.

¡Madrid, castillo fronterizo! La Cruz y la Luna en hoz.

¡Por los bordes del Jarama, por las encinas del Pardo, por Pedrizas de la Sierra ---ya entonces, hace diez siglos---, los cristianos te acosaban, te cercaban, te salvaban de la ralea infiel. ¡Ah, Madrid de la frontera Sur y Norte! ¡Y aquel alcaide sublime degolló a sus propias hijas! ¡Mejor el dulce cuchillo de la honra que verlas abrazadas del infierno! Pero la Virgen de Atocha resucitó sus cabezas. Y entregó al fin ---a cristianos---: Madrid. Otra vez fiel.

¡Madrid, yo sé tu romance, lo he vivido, lo he soñado, lo he querido! ¡Madrid, tu destino sé! ¡Y el misterio de tu suerte! Y oí susurrar tu historia por tus viejos recintos, por tu Cuesta de la Vega, por tus praderas quemadas, por tus carrales sin nombre, por tus sotos ribereños, por la soledad y silencio de

tus palacios, muros, puertas. Y mirando al Escorial, enfrente.

Tú no eres nada, Madrid. Sí era algo un castillo ser del moro un día, y otro día, del infanzón que atacaba. Ciudades de reconquista ceñían las coronas de los Reyes. De norte a sur, galopando, bajaban los sitios reales. Desde Oviedo hasta Granada. Desde León hasta Burgos. Segovia, Valladolid. Y allá, como nidal del Tajo: Toledo.

Tú no eres nada, Madrid. Tu destino: adormecido entre osos y madroños. Y entre peleas villanas. Con aljamas y moriscos. Y concejos montaraces. Y feudales que alancean entre encinas, los cervales y lobeznos.

Tú no eras nada Madrid: mientras no fué nada España. Mientras las flechas del haz eran bohordos sin rumbo y destrabadas saetas.

Mientras Roma, la católica ---como cetro su santa tiara---, pugnó por la unificación del orbe, y disputó con conventos y oraciones, al bárbaro emperador la ecumeneidad de Europa. Madrid tú no fuiste nada.

Pero un día llegó ---¡llegó Madrid tu hora central, terráquea y universa!

Cuando un César de Roma y de Austria ---segundo de los Felipes--- en Roma no encontró Roma, porque podrida de renacimiento periclitaba. Y el orbe se dividía, entre ataques de Oriente y Occidente, de turcos y luteranos.

¡Y un mundo nuevo, infinito, más allá de ultramares se había abierto con árboles sin fin, desconocido, con inmensos ríos, con hombres desnudos, y fieras fabulosas y templos colosales!

Fué, entonces, Madrid cuando desde su Monasterio al pie del Guadarrama soñó aquel César una Roma Imperial: *Un campamento central del globo*. Y a tí te miró. Y en tí puso su sueño, sueño de Roma. De urbe nacida para capital del orbe. Y en tí plantó sus frailes y soldados, sus jerarcas del mundo, sus trompetas y sus chapiteles.

Y sus poetas de Imperio: Lope, Cervantes, Calderón y Tirso. Y sus pintores ---Velázquez--- para el universo. Y hasta su templo Imperial tuvo aquel lugareño: San Isidro.

Y señaló tu destino: su genio, su fidelidad. ¡Una España! ¡Madrid uno! ¡Libre y grande Madrid! ¡España grande y libre y ecuménica!

Como una corona regia, Madrid ciñó la testa española. Y eran gemas de esta corona cesariana los reales sitios: equidistantes, radiales, históricos: El Escorial y Aranjuez. Segovia y Valladolid. León, Burgos, Zaragoza, Avila y Salamanca. Y el Pardo. Joyel central: Toledo sobre su roca. Y allá, en destello, Sevilla. Y vigías de la mar ---sin envidia y de rodillas---, Lisboa y Barcelona, atalayando.

¡Madrid, yo sé tu romance! ¡Y tu traición al destino de tu raíz, de tu misterio, de tu mandato, de tu lealtad!

Pueblos enemigos (eternos enemigos tuyos) con pelucas, te cortejaron tu corte. Y entre perfumes y porcelanas preciosas te enseñaron Versalles. Quisiste Versalles ser y no Roma. Ser Versalles, con casaca, espadín, filosofía. Y olvidaste la estameña de tus monasterios, el ante de tus coletos, la verdad de tus verdades.

Y los palacios, casinos se te volvieron. Y los conventos, en

logias se te volvieron. Tus predicadores, en charlatanes de tertulia y de mitin se te volvieron.

¡Y tu pecado empezó! ¡Y tu abominación!

Madrid, contaminado de peste, de olvido, de alacranes, de injurias, de manolerías, de democracia, de asco, de verrugas repugnantes, de babas de cocido, de burguesía con te, con contoneo sajonés, intelectual, pedante y distinguida, profesoral, ginebrina, con sensibilidad de mono!

¡Madrid abominable de masas en chancleta! Posaderas de oficina sentándose en sillones imperiales. ¡Y al fin Escorial, Escorial! ¡Origen y sueño del Madrid cesáreo! Tus tumbas profanadas por los gusanos rojos. Muñecos de percal sobre toisones de oro. La Historia que se parte y se aniquila. ¡Traición, perjurio desolado, ruinas sin remedio! ¡Y abominación! ¡Abominación!

¡Anda y solloza, babilónica ciudad, traidora! ¡Bíblica ciudad del yermo! Tus pecados expía. ¡Llora sangre! Ciñe tus flancos de tizones. ¡Siéntate ante tus puertas asoladas, y devora tu maldad y roe tu extravío! ¡Y abate tu soberbia con testa de Satán, monstruosa, pálida, cara de sodomita ajusticiado! Serpientes tus cabellos y estrábicos tus ojos. ¡Limpia de escorpiones tu regazo estéril! ¡Llora tu infidelidad! ¡Castillo infiel de torres derrumbadas!

¡Mis entrañas vibran como arpas en tu tribulación y llanto!

¡Quién te resucitará, Madrid desamparado!

EXALTACION CVARTA

Quién te resucitará, Madrid desamparado? ¿Y aplacará tu signo? ¿Y en tu cielo convulso de huracanes hiciera a las estrellas derramar su dulce lumbre?

Con mi alma yo te busco en la noche, ciudad mía. Y envío alondras a volar sobre tu cautiverio.

Tus cabellos amargos te acarician mis dedos desvelados. Tu faz del hambre macerada quisiera colorear de besos. ¡No de sangre, no de fiebre! Y convertir en miel la hiel de tus ojeras.

¡Madrid! ¡Madrid! ¡Híncate, junto a mi, de hinojos! Y pide al Señor: ¡Misericordia!

¡Misericordia!.... ¡Misericordia!.... ¡Misericordia!....

¿Oís, pueblos de España? ¿No oís, pueblos del mundo? Pide Madrid a Dios ¡misericordia!

¿No la véis mi ciudad con ceniza en los labios? ¿Con su frente en el lodo? ¿Con sus flancos, de sayal ceñidos, flagelar sus entrañas e inundar de lágrimas los hoyos donde estallaron los obuses? ¿Y derruir parapetos rencorosos? ¿Y trincheras de envidia? ¿Y abatir cerrojos de sus puertas? ¿Y las manos abrir en ímpetu de abrazo? ¿Y alzar la voz y abanderar los cerros y las casas, las esquinas, con jirones en blanco, con la sangre hecha lino, la sangre traslucida en azuzena?

¡Anda y levántate, ciudad! Que ya la ira del Señor se aleja, como un turbión de polvo en la llanura.

¡Anda y consuélate, ciudad! Que ya tu castigo se disipa, como niebla en la luz de la montaña.

¡Anda y alégrate, ciudad! Que la cólera santa se suaviza, como granizo derretido en lluvia.

¿Qué te pasa, ciudad, que no te alzas? ¿Qué te pasa, Madrid, que de pronto enmudeciste? ¿Qué palidez de muerte y sudor yerto son tus sienes? ¿Qué estertor de agonía aquí me llega?

¿Quién te arrastra hacia atrás, y te aleja de mí? ¿Quién te desgarra? ¿Y te hinca sus uñas rojas en tus carnes? ¿Y te ata las manos? ¿Y con nudo de esparto te estrangula? ¿Y tu vientre pisotea y te clava los pies en un madero, y con vinagre te chorrea el rostro y te escupe en los ojos, y con las bayonetas te hiere los costados, y en la Puerta del Sol te crucifica y abandona mientras se oyen blasfemias de borrachos y maldecir ---en lenguas bárbaras--- tu nombre?

¡Oid, vosotros, cielos! ¡Y escuchad toda la tierra! Es ahora Dios ¡quien por mi boca exige! ¡Y quien me ordena clamar a la batalla!

¡Oid, vosotros, pueblos! ¡Gentes españolas y del mundo!

Mensaje de vindicación, siento en mis labios. Mis labios son como espadas que brillan de cólera suprema. Rugido de león truena en mis huesos. ¡Voz de trompeta y clarín en alzamiento mi garganta aulla!

¡Salvación! ¡Salvación! ¡Madrid asesinado! ¡Madrid crucificado!

La luna se obscurece. Y el sol se para en mitad del firmamento. ¿Sentís el mar que choca con las nubes? ¿Y los montes hendirse y perecer los valles y secarse la hierba, y el fruto del árbol malograrse, y quedar infecundos los regazos maternos, y la rosa en espino convertirse?

¿Qué hacéis pueblos de España? ¿Qué hacéis ciudades populosas de España? ¿Qué hacéis campos absortos y pacíficos de España?

Pero ¿es que quedan todavía casas sin vaciar de hombres? ¿Calles con paseantes? ¿Cafés con puro, murmuración y copa? ¿Oficinas y covachas de esfurzos emboscados con reptiles que vuelven a enroscarse? ¿Y fusiles ociosos? ¿Y cuchillos, sin fulgir desnudos? ¿Y dientes sin morder? ¿Y uñas sin afilarse en garras?

Pero ¿es que quedan todavía hombres ---¡españoles, españoles---hombres que impasibles miren defender su propia patria, a nobles legionarios, a heroicos cruzados de lejanos países que dejaron sus tierras, sus hogares y dejarán su vida---mordiendo ante Madrid el polvo rojo--- por defender a España, y el honor de mujeres violadas en Madrid, y el candor de niños españoles destrozados en Madrid, y el temblor de españoles ancianos en Madrid escarnecidos?

Pero ¿es que vosotras madres, esposas, hijas ---de esos hombres, si son hombres--- no los afrentáis de horror y de vergüenza? ¿Y les dáis vuestras faldas, vuestra aguja, y les dáis vuestros pucheros? ¿Y cogéis su fusil vindicativas, redentoras?

Ciudades: ¡qué hacéis de España! Campos: de España ¿qué hacéis?

¡Madrid crucificado en estertores! ¡Nuestros hermanos, desde cerco y frente os llaman, claman de indignación, arrecidos de frío, combatidos de vientos y de balas y de lluvias, en trincheras caladas!

¿Y aún comemos y dormimos? ¿Y podemos pasear? ¿Y hay

recrías de masones que osan murmurar de los que mueren por defenderles la pitanza indigna!

¡Qué el pan ---niños, viejas y doncellas--- lo cuezan en las ciudades vacías! Mientras Madrid desfallezca de lanzadas y de escarnio. ¡Madrid crucificado! ¡Todos ayuno, penitencia, dolor!

¡En armas! ¡En armas! ¡Levantáos! ¡Innumerables falanges españolas, brotad del suelo!

¡Y marchad! ¡Marchad! ¡Con rumor de muchedumbre en furia! ¡Como una avalancha nacional y unánime!

¡Como un torrente irreparable fluirán sus hombres de las ciudades y quedarán desiertas! ¡Y los campos sin hombres y quedarán desiertos! ¡Y como alud de serranías bajarán los hombres a inundar la llanura carpetana!

¡Y Madrid con este abrazo nacional y unánime! *¡Quedará liberado!*

Y los ojos---al entrar en la ciudad---cerraremos de los muertos de frío y de hambre. Y a los pobres de corazón, milicianos nacidos en Madrid, pan les daremos. Y les daremos más que pan ¡justicia! Y el amor de una patria con justicia ---que es más que el pan--- les brotará en milagro.

¡Oid, pueblos del mundo! ¡Miradnos, pueblos del mundo!

¡Francia detén tu mano de tesón implacable! Envaina tus cañones para mejor pelea, Caín de tus hermanos! ¿Por qué no vienes a nos, Francia fraterna, borgoñona, compañera del Cid en conquistar Valencia? ¡España quiere ser una! ¡Madrid crucificado va a resucitar! ¡Y a recobrar su destino antiguo!

¡Vuelve tus naves a sus puertos, oh britano! ¡Ya no habrá

guerra civil! ¡Los piquetes de guardias moscovitas, al alzarse Madrid de su sepulcro, ciegos quedarán! Petrificados.

¡Guarda, guarda tus tanques, Rusia! ¡Y para pan de tus esclavos, vierte tus rublos!

¡Judío internacional! ¡No busques en España la tierra prometida que no llegará nunca! ¡Madrid no era tu Sión! ¡Ni Babilonia!

¡Madrid ---Jerusalén del mundo--- resucita!

¡Pueblos cristianos, ondead banderas, lábaros! ¡Venid hacia nos en fiesta y procesión!

¡Ciudad de Dios, Madrid, otra vez universa será de todo el orbe!

¡Pueblos de América! Cimacoal la azteca, diosa de crueldad huirá de Madird. Y hablaremos la misma lengua única, otra vez y renovada!

¡Pueblos de Africa y de Asia! Siva de los cien brazos perecerá. Y los dragones del infierno chino reventarán. Y las cavernas de Ti-yu, se hundirán. Y los alcaravanes y las aves hediondas de osarios espectrales, volarán.

¡Marchad! Marchad en marcha cerrada hacia Madrid. ¡cantando!, ¡hombres de toda España, falanges de combate innumerable! ¡Liberadlo!

Y España será Madrid. Y no vacilará. Toda ya en haz y con yugo de victoria, sujetando, a diestra y siniestra, recta irá como un dardo.

Y veréis que la sangre en flor de viña se convierte. Y el huerto se cubre de rocío. El cardo en lirio se idealiza. Y el yermo germina de alamedas. Y el ciego ve. Y el sordo oye. Y el

secadal mana agua pura. Y el ladrillo caído en el fragor se hará piedra sillar hacia los cielos. Y todo edificado, se redime. Y las hierbas malignas se hacen pastos. Y el cordero junto al lobo pace. Y los huesos reverdecen. Nuestros muertos ---caídos como semillas nacionales en los surcos de las trincheras---renaciendo nos bendicen. Los tanques se hacen tractores. Las bayonetas arados. Y un niño pastorea manadas de toros y de águilas entre víboras muertas y alacrán sin ponzoña.

¡Marchad cantando hacia Madrid, hombres unánimes de España!

La palabra que el mundo esperaba está en Madrid intacta en su crucifixión y drama.

¡No imperios de hombres sobre hombres! ¡Ni durezas de guerras y más guerras!

¡Un amor infinito, de abrazos y reposos, será el milagro de un Madrid que resucita!

La palabra indecible ---por divina--- que os espera en Madrid; la palabra con que Dios mis labios unge, y que, en limpia saeta, dispara por mi boca a vosotros es: *¡Paz! ¡Paz sobre los hombres y paz sobre la tierra!*

¡Yo quise ser tu cántico, Madrid! ¡Tu voz quise yo ser! ¡Y en tu tribulación y llanto, mis entrañas, tu arpa! ¿Quién te liberará Madrid? ¡Ellos! ¡Los míos! ¡Que te sienten y te absuelven y te quieren como te quiero yo!

¡Marchad, cantando, falanges españolas de batalla! ¿Oís pueblos del mundo?

Mi canto de liberación, en nombre de Dios, lo canta: ¡España!

NOTAS

Rodrigo Jiménez de Rada

por

Eladio Esparza

Rodrigo Jiménez de Rada resucita en su aureola, con el Movimiento. Sería quizás más exacto decir que el Movimiento es como su aureola. No sólo porque el Movimiento lo traslada a plano de actualidad, sino también porque su pensamiento político arde en gloriosa y épica realización, ya que el pensamiento de Unidad de España, para emprender su destino histórico arranca de Jiménez de Rada. La profesión de Fé católica de Recaredo no pudo tener la interpretación unitaria e imperialista que, deliberadamente, se propuso Don Rodrigo. Recaredo se convirtió al Catolicismo y, siendo rey, quiso prestar al acto de su abjuración arriana las proporciones ejemplares de un acontecimiento nacional. Se presiente en esta conversión el pensamiento futuro del destino de España, pero todavía han de transcurrir varios siglos que fertilicen la tierra, con sangre de mártires y resíduos fenecidos de herejías y fusión de elementos heterogéneos para que pisen firme los soldados de España, encajada ya en su actitud decisiva. Que es la que fijó, arquitecto de la construcción nacional pasmosa, nuestro Jiménez de Rada dos siglos antes de haberla llevado a feliz realización los Reyes Católicos. La Fe, la Sabiduría y la Guerra tuvieron en él su constructor máximo con la Catedral de Toledo, la Universidad de Salamanca y la batalla imperial de las Navas. El historiador Mariana, cauteloso y receloso, le llamó "maravilla de su

época", y no es que él fuera el hombre representativo de su tiempo, sino su artífice. Su época es obra salida de su mente y de su corazón. Internacionalmente, España, por él, cobra rango y marca el rumbo de la civilización occidental. Los cuatro Romanos Pontífices que, durante su vida, se sientan en la silla papal, le buscan, le llaman y le piden consejo. Los Bularios de nuestro Jiménez de Rada son excepcionalmente copiosos.

En Letrán, donde todo el mundo delibera, él se hace entender de todos porque habla en latín, en español, en italiano, en francés, en griego, en hebreo, en árabe, en inglés, en alemán..... En la Asamblea ecuménica da su pensamiento a todas las gentes, en sus lenguas. Y cuando en Toledo se concentran las tropas internacionales que él mismo reclutó en sus países habla también a los Cruzados en sus idiomas respectivos. En lo humano, el milagro pasmoso de Pentecostés no ha tenido más completa semejanza. En su alma es concebida nuestra España y de su pluma comienza a brotar nuestra historia: no ha tenido la Patria más poderoso Canciller ni más hábil político. De Alfonso VIII hace un héroe, de nuestro Sancho un cruzado, de Fernando III un Santo y de Alfonso X un sabio. En él está toda nuestra Edad Media, inaccesible al conocimiento sin el previo conocimiento de esta figura de Navarra, de proporciones astrales. La iniciativa, la preparación y la ejecución de las batalla de las Navas, primer arco triunfal de nuestro Imperio católico, es obra exclusivamente suya. Obra arriesgada y crispada, de tan complejas dificultades que, por un momento, el Rey Alfonso dijo: "¡Oy se pierde toda Espanna!" Y era así: la obra decisoria; se perdía toda España o se ganaba toda España, como es la obra que nuestro Movimiento forja en esfuerzo de titanes, para ganar toda España de entre las ruinas. Pero se ganó España; la ganó "aquel de Toledo" como le llamó Arneliers, el poeta provenzal. ¡Aquel de Toledo, que era de Navarra!

"Mater Navarra, nutrix Castella Toletum
Sedes..."

Faltaba en España la trabazón de sus elementos en unidad de destino y los trabó, en fuego, Jiménez de Rada; faltábale luego la conciencia de esa unidad, que es la historia, al método genético, depuración del hecho y su encaje en la causa determinante, y la hizo Jiménez de Rada, con ansias de poeta, exuberante, fértil, preciosa: España es "rica en metales, abundante en aceite, alegre por el azafrán, excelentísima por el ingenio, audaz en la guerra, rápida en la acción, leal al mando, fácil para la cultura, poderosa en la elocuencia, fecunda en todas las iniciativas". De su obra y de su palabra nos alejan siete siglos. Pero el hoyo para enterrar nuestros Mártires acorta, en la profundidad, la distancia y los huesos se mezclan con los suyos, como en las altas esferas del ímpetu, se funden nuestros pensamientos de España con el suyo. Su olvido era fenómeno natural de la desfiguración de España, roja de odio y rota de separatismos. En el empeño restaurador, a sangre y fuego, habíamos de encontrarlo en esta tierra de España en el hoyo de cada cruz para nuestros caídos y primeramente para Cristo, Mártir también de la Anti-España.

"..... ad sidera tollitur iste"

dice el viejo verso de oro en su alabanza. Y nosotros decimos también esa alabanza, de nuestros muertos. Navarra engendró a este hombre, que, a su vez, engendró a España. Navarra, por eso, se consume en el sacrificio por encontrar a la España que hizo un hombre de su tierra.

Le viene, pues, de lejos a Navarra su españolismo y en estas excavaciones de su espiritualidad encontramos raíces tan poderosas como ésta de Don Rodrigo, que pueden nutrir conciencias de generaciones y generaciones, contra todo corrosivo. Porque si para nosotros no era ignorada la existencia de Jiménez de Rada, sí lo era su fisonomía, de primer historiador de España y de constructor de su Unidad. ¡Se nos dieron libros en que se nos hizo abominar de su memoria! Pues si

nuestras gentes lugareñas, fortalecidas de tradición, nos han dado ejemplo, a pesar de nuestra cultura deficiente y engañada, demos nosotros, en nuestras letras limpias, audaces y diáfanas, el ejemplo de la verdad, del decoro y de la purificación. No engañemos a nuestros hijos como a nosotros nos engañaron. Nos engañaron con el espejismo de un Jiménez de Rada, olvidado de los suyos y preocupado de lo ajeno. Lo suyo era Navarra y lo ajeno Castilla. Y es que les fastidiaba grandemente que a siete siglos de distancia en la historia, pudiera existir un navarro en cuya mente y en cuya emoción España fuera motivo predilecto. El hecho venía a ser argumento invulnerable de "españolismo imperial y católico" y era preciso desfigurar el hecho, torcer con violencia el eje de la historia de España, para que España parase en seco ante las fronteras arbitrarias de una nación también arbitraria. En Navarra, el engaño nada pudo en efectividad, porque ante el Movimiento, Navarra ha hecho honor a su tradición, que es la de Jiménez de Rada. El llevó a nuestro Sancho el fuerte hasta las Navas y él es el que ha llevado a nuestra juventud hasta las trincheras. Recordarlo en esta hora tremenda y fausta, en la que España vuelve a soldar las piezas de su Unidad deshecha y a tomar vuelo de Imperio y a reverdecer en el martirio heroico los laureles fosilizados de su Romancero, es un acto de justicia. Su norma, además, nos llega intacta y caliente de emoción:

"Mater Navarra, nutrix Castella..."

Pequeño periplo en torno al concepto de totalidad

por

Juan Pablo Marco

El clamor de cada día nos trae, cual salido de mil bocas, el apóstrofe de la totalidad: regímenes totalitarios, movimientos totalitarios, el sentido totalitario de la vida, *et sic de caeteris*. Si no fuera bastante el sortilegio de la palabra, bastaría el imperativo de la hora para obligarnos a expurgar el concepto, con el fin de saber si se trata sólo de una idea fría e inactiva, o si en ella se envuelve un modo cálido de pensar, de sentir y de querer.

Antes de que el vocablo descendiera, de un modo decidido, al ágora, ya venía infiltrándose con tenacidad en el campo de la filosofía, de la psicología y de la sociología. Antes de su advenimiento, la llamada ciencia moderna, como afecta de un extraño *morbus disecans*, había procedido de esta suerte: con sus métodos empíricos se hincaba como una daga plural, en los intersticios de la realidad y aislaba provincias más o menos extensas de ella; sometíalas después a un minucioso estudio, para acabar en un tercer acto, pretendiendo reconstruir la realidad del mundo y de la vida mediante la ensambladura de las provincias disecadas. Pero este tercer acto hubo de adquirir tornasoles dramáticos cuando se vió que en la recompostura la realidad, como Pedro

Schlemil, había perdido su sombra; porque los esquemas no tienen sombra. La sombra es un atributo de la corporeidad, de la sustancialidad; es el resultado de la infusión a un esquema, de la dimensión lejana de la trascendencia y de la dimensión próxima de la vitalidad.

Así se fué descubriendo que el todo es anterior a las partes, no sólo en el curso del tiempo, sino en valor categorial. Othmar Spann, destacando entre otros, lanzó a la navegación una doctrina de la totalidad aplicada a las formas sociales. Krüger inició una psicología totalitaria y toda psicología de la forma (Ehrenfels, Kœhler, Wertheimer, Koffka y después muchos otros) arranca de la misma noción simple que se tenía arrinconada: nosotros no percibimos primariamente las partes aisladas del mundo que nos rodea, como no percibimos las notas aisladas de una melodía sino conjuntos totalitarios, figuras melódicas, en los que se contienen los elementos heterogéneos que un análisis *posterior* permite describir.

A esto conviene agregar que no son nuestros sentidos los únicos que participan en el goce de la percepción, sino el organismo todo, o mejor aún, el ser todo, en su maravillosa unidad y pluralidad. Como decía varios siglos ha, Liciniano, Obispo de Cartagena, en una de sus cartas: "Si tocas con un dedo una extremidad del cuerpo, toda el alma siente. Y siendo cinco los sentidos corporales, ella no está dividida en los sentidos: toda oye, toda ve, toda huele, toda toca, toda gusta, y cuando el cuerpo se mueve de lugar, ella no es movida."

Pero hay dos modos de concebir la totalidad. Cuando se dice que el todo es algo más que la suma de las partes, no se afirma lo mismo que cuando decimos que el todo es algo distinto de aquella suma; pues de esta última manera, afirmamos la existencia de una serie de realidades distintas e incoercibles en sistemas analíticos o racionales.

La totalidad en sentido estricto, cuenta con una larga historia que no podemos ahora relatar. En Kant aparece como "unidad de variedad bajo la idea de un fin", en Spencer como "integración" y en muchos

autores modernos como sinergia, jerarquía, holismo, etc. Todas ellas tienen un subsuelo angular y geométrico, excesivamente racional, cuando el vocablo "todo", como dice Driesch, es de aquellos indefinibles que poseen una significación primordial e inefable ("Urbedeutung", protosignificado). La prueba de que en estos casos se trata de una totalidad de vía estrecha, la tenemos en su aplicación a la psicología de la figura. Kohler sostiene, en efecto, que existen figuras físicas con las mismas propiedades que las psíquicas. ¿Qué queda, así miradas las cosas, de la independencia categórica de lo espiritual? ¿Dónde aparecerían sus cualidades peculiares en el conjunto de la vida psíquica?

Cuando se habla de totalidad, en el sentido en que lo hacen las doctrinas anteriores, se degrada, a nuestro juicio, el vocablo. Porque no se trata, aunque otra cosa parezca, más que de totalidades parciales, con el mismo rango de frío esquema que se puede atribuir a otros caminos de contemplación científica. Siendo así, no tenía por qué haber salido a navegar por los mares atormentados de incertidumbre, de la vida política contemporánea.

La noción de totalidad ha tornado a emerger, en el mundo moderno, para ser algo más que una noción o un concepto que llame sólo a las puertas del entendimiento. Debe penetrar en el hondón de nuestra vida como un saber y dejar tras sí una resonancia, una pasión impresa como dijo Dante que dejan los ensueños al despertar; los cuales, si bien yacen desde aquel momento en el limbo de nuestra inconsciencia, siguen, como melodías ignotas, templando nuestro ánimo. La totalidad ha vuelto, en segundo lugar, como un anhelo de superar, ya que no de resolver, el problema máximo de la filosofía de todos los tiempos: el de lo racional e irracional.

Camina la ciencia, por un lado, con rumbo seguro, descubriendo nuevos hechos y trazando con ello las líneas del conocimiento como

arquitectura perfecta. Cuanto más pura, menos ha sentido en su entraña la preocupación de la realidad, como si ésta tuviese el imperativo ineludible de plegarse a ella. Así ha surgido, por ejemplo, la matemática moderna, descubriéndonos a su vez, qué maravilloso dispositivo es la inteligencia humana que ha sido capaz de elaborar tales doctrinas.

La turbonada de la vida ha ido, mientras tanto, por otros cauces. No existe una dialéctica con el vigor suficiente para domeñarla, aun cuando se ha hablado y se habla de dialéctica vital, distinguiéndola del concepto hegeliano de dialéctica. En la misma evolución del pensamiento de Hegel se encuentra, según ha demostrado Seiffert, una primera interpretación dialéctica del mundo que se aproxima más a las necesidades incontenibles de la vida, que aquella otra final, grandiosa como concepto totalitario (tesis -- antítesis -- síntesis), pero que entre cuyas rendijas escapa algo sutil, inapresable en el esquema e incontenible en el frío absoluto de la idea.

Cuando el hombre siente gritar en su interior el imperio de la vida, como Nietzsche o Klages, por elegir ejemplos recientes, abomina de un modo violento de todo cuanto parece producto racional. También aquí hay exageración y parcialidad y, por ello, el clamor de su vitalidad vertido a letras, sale recargado de extrañas paradojas. Si el hombre de razón estima que Lutero se aprovechó de las impurezas terrenales y anedócticas del Papado para tremolar un violento airón de herejía, Nietzsche piensa en cambio: "Lutero vió la corrupción del Papado cuando se tocaba con las manos lo contrario. ¡La vida se sentaba en la sede de los Pontífices! ¡El triunfo de la vida!" He aquí un ejemplo de la contraposición de ambas estimativas.

La tarea, pues, del tiempo nuevo ha de ser la unión sustancial de ambas corrientes, la de lo racional y la de lo irracional. La filosofía existencial, en sus diversas formas, representa, a mi modo de ver, un modo más auténtico, aunque no definitivo, de implantar una filosofía totalitaria, puesto que busca un punto de partida, el de la existencia,,

anterior a la escisión entre ambos modos de conocer y de contemplar. Se trata aquí de una totalidad *ab ovo,* es decir, primigenia y esencialmente unitaria al mismo tiempo. Pero la existencia en sí también necesita una contemplación desde fuera, puesto que existencia es ser o estar desde algo.

Este es el giro copernicano que experimentará la filosofía existencial, dotándose de un sentido trascendente, en lugar de empeñarse en que todo gire alrededor de la existencia, como Ptolomeo quería que todo girase alrededor de la tierra.

Dejemos en esta breve nota el tema aquí y tratemos de extraer de él un corolario práctico. En la vida de los pueblos hay un modo inconsciente o preconsciente de adivinar los grandes temas históricos. Lo que los filósofos o los psicólogos descubren lenta y penosamente, tras cien rodeos y dilaciones, parece como que lo haya adivinado o presentido el alma del hombre moderno.

Cuando se habla hoy día de movimientos totalitarios, viene a sostenerse en lo político una postura idéntica a la anterior en lo filosófico. Los movimientos totalitarios significan el fracaso de toda doctrina política que sea sólo doctrina; cuanto más bien delineada esté, cuanto más geométrica y racionalmente conciba el problema de las relaciones del hombre en sociedad, más doloroso y violento es su fracaso, porque la sociedad no puede concebirse aglutinando a los hombres como un polígono a sus ángulos. Puesto que el hombre si bien tiene sus superficies angulares, su racionalidad, también tiene sus superficies ágonas, es decir, su irracionalidad, que unas veces se extiende por debajo, pero otras lo hace por arriba del puro plano de la razón.

Los movimientos totalitarios contienen un estilo de vida, con una doctrina. El estilo es para ellos tan fundamental como la doctrina o más todavía y en el curso de su evolución es el estilo lo que se mantiene

siempre idéntico a sí mismo y es la doctrina la que se pliega al estilo, en la melodía que le entona la realidad. El estilo es lo irracional en el hombre, lo infra y lo suprarracional, como el eje señero de su vida que jamás se doblega enteramente por el vendaval de las fuerzas cósmicas, porque le ayuda a mantenerse enhiesto un hilo sutil que le lleva lo trascendente. Vía paralela a la que señaló San Agustín en frase perenne, hablando del problema del conocimiento: "Ab exterioribus ad interiora, ab interioribus ad superiora".

De este "ad superiora" es de donde puede derivar una auténtica doctrina totalitaria, vieja y nueva: eterna. Por donde, tras dilatada circunnavegación conceptual, volvemos al principio de todas las cosas; por eso hemos llamado a esta nota pequeño periplo acerca del significado de "totalidad". Y de los puertos visitados en este periplo y de algunos otros omitidos, nos ocuparemos más ampliamente en otra ocasión que Dios quiera próxima.

El Imperio de España

por

Manuel Ballesteros Gaibrois

CONCEPTO DEL IMPERIO

Ante el uso frecuente del vocablo IMPERIO se impone, como previa, la revisión de su verdadero significado y la puntualización de su concepto. IMPERIO, con su herencia latina inconfundible, no es otra cosa que mando o dominio absoluto sobre la base de la expansión racial y de la extensión territorial. El Imperator no era otra cosa que un jefe con mando.

Es preciso que sepamos bien lo que es Imperio para no perdernos nosotros mismos en las encrucijadas de nuestras propias palabras y salgamos del laberinto de los vocablos al campo yermo de los confusionismos. A la palabra Imperio —fuerte, cultural, racial y conquistadora—, se opone, con la oposición blanda del que quiere suplantar sin ser notado, la palabra "imperialismo", con toda cohorte de bajas aspiraciones. Al Imperio neto y claro, de que tratamos líneas abajo, sucedió el ansia de alcanzar las mismas ventajas, que él logró a costa de sangre y heroísmos, por la línea del menor esfuerzo, y nació el "imperialismo".

Todo el siglo XIX con la herencia patrimonial del siglo XVIII

—aún caballeresco y brillante—se sintetiza en ansias imperialistas.. Cables submarinos, Compañías de Indias —nacidas en Francia e Inglaterra al calor de los financieros que presentían el siglo XIX— líneas de navegación, factorías, licores, tabaco, guerras civiles entre los naturales del país excitados por los "blancos", explotación sin alma, expoliación metódica y frialdad sobrehumana, fueron los corolarios del imperialismo. De penetración cultural, de educación de las razas aborígenes, de evangelización —aunque fuera protestante, pero cristiana—, de trato a los indígenas... nada. Parece atrevida la aseveración, pero es cierta. El imperialismo no llevó a las tierras que ocupa ni un átomo de espíritu y de cultura. Si hay bienestar material no es precisamente para los naturales del país sino para el "blanco" que no puede prescindir de él. Si ha habido jóvenes indios en las universidades inglesas no ha sido porque los que ataron a los cipayos a las bocas de los cañones hayan variado de modo de pensar, sino porque el nacionalismo indio exigió de sus mejores esta prueba de la civilización. Si en Australia se ha construído una nueva nación no ha sido, precisamente, por fusión con los tasmanios, por ejemplo, sino por su anulación. El fenómeno australiano es un fenómeno de trasplante. Si en el Canadá hay una solera espiritual y de cultura, ésta es la latina, la francesa.

Llegamos con ello a una conclusión: imperialismo no es lo mismo que *Imperio*. Revalorizado el Imperio, ya casi no es preciso definirlo.

En esta nota irá saliendo por sí mismo personalizado y vivo, a través de su proyección en la hispanidad, destinada y ansiosa de Imperio, sangre misma de su ser.

PROYECCION HISTORICA

El concepto de Imperio se va perfilando a lo largo de la historia del mundo. El mando absoluto, el dominio territorial, la expansión racial y el influjo cultural formando un todo homogéneo y coherente, no nacen a la luz de los hechos históricos con la forma de lo que hemos llamado IMPERIO, sino que se van fundiendo unos en otros poco a poco, limando los salientes que impedían la integración. Por eso hay un abismo desde los imperios asiáticos al imperio alejandrino.

Como modelos europeos y occidentales, proyectados como la sombra de una herencia sobre España, tenemos los imperios de Macedonia y de Roma, tan distintos y tan útiles ambos —como solera—, en la historia de Europa. El uno, persiguió la expansión territorial y concluyó en la difusión de las esencias culturales griegas; el otro, buscó en la misma extensión de dominio una base que —por los inesperados caminos de la Providencia— se convirtió en el abonado campo de la Cristiandad, convirtiéndose el paganismo romano, por milagro del Martirio Divino, en catolicidad occidental. Ambos modelos nos sirven hoy como proyección histórica de esencias imperiales. Por algo dije en otro sitio que "a base de Legiones y Falanges se fundaron los imperios".

LA EPOCA HEROICA

El Imperio hispano se forjó en la experiencia, lo mismo que los grandes hombres comenzaron por atravesar todas las fases de la sociedad. Lo primero que supo Iberia del Imperio fué la visita de gentes que venían de fuera y que buscaban en su tierra lo que

muchos siglos más tarde buscaran los españoles en otras. Argantonio y los tartesios dejaron a sus hijos el recuerdo del más antiguo de los Imperios: el de la cultura helénica. Como contraste vino también a ellos el más antiguo de los imperialismos: el de los semitas fenicios, de factoría y de cuentas de collar y de abalorios o de telas sin valor, enriquecidas por la apariencia purpúrea del tinte recién inventado.

CONSULES Y EMPERADORES

Marcus Agrippa acababa con los últimos vascos —siempre rebeldes a lo verdaderamente ecuménico y nacional—y Roma asentaba su dominio en España. ¡Cuántas interpretaciones se han dado al dominio romano en la península! Las hay para todos los pareceres. A mi ver la principal, la única que puede interesarnos, es la de habernos cedido por completo el verdadero sentido de lo imperial. Quizás al hecho de que fuéramos los primeros en el coloniaje romano se deba el que nuestro espíritu fuera, a poco, romano e imperial. La antigua savia mediterránea, cretense, fenicia, ecuménica, descubridora de las rutas desconocidas de los periplos argonáuticos, se fundía en fecunda integración con el espíritu imperial de Roma. Y nos quedó algo profundamente imperial: el derecho, el "jus". El "jus", que es rectitud, que es la JUSTICIA que pide nuestro grito, que es la nivelación normativa de nuestro YUGO, que es la esencia imperial de las "Leyes de Indias". Nos legó, además, el profundo sentido de lo "colonial". El verbo latino "colere" —habitar— floreció quince siglos más tarde en el ansia de *poblar* que llevaran en toda empresa descubridora y de conquista los hombres de España. Roma—el Imperio de Roma—dejó impregnado nuestro espíritu de una dignidad castrense y laboriosa que

era la que llevaba al legionario romano a suplir la espada por el escoplo del cantero para construir las vías imperiales, al igual que el soldado español dejaba el arcabuz para construir fuertes barcazas y casas cuarteles. Lo que aquí ponderamos como "obra de romanos" en América se pondera aún hoy como "obra de españoles". Tres cosas imperiales tenía España antes de tener conciencia de su propio ser: el derecho, la norma colonizadora o pobladora y la laboriosidad creadora del soldado: la disciplina castrense de nuestros sindicatos.

PAPAS, REYES Y SEÑORES DE HORCA Y CUCHILLO

No sé dónde lo he leído, pero quizás no lo recuerde por ser opinión muy difundida, que la Edad Media es lo contrario de la Edad Antigua por su concepto fraccionario de la organización humana, en contra del concepto totalitario de la antigüedad. Quizás la fría enunciación de los hechos históricos dé la razón a quienes así piensan, pero una somera interpretación nos muestra otro panorama. La fragmentación la trajeron los pueblos invasores en la diversidad de sus razas, pero toda la Edad Media no es más que un intento no interrumpido de superaciones imperiales, sólo por el deseo de dominio, olvidado por completo el imperialismo semita de los fenicios. Es primero Justiniano —de quien se decían depender, sólo por ansia de unidad, los reyes visigodos y ostrogodos—el que rompe lanzas por el Imperio; es luego Carlomagno y, es por último Otón el grande el que crea un Imperio: el Sacro Imperio Romano Germánico. Por ello nuestro Alfonso el Sabio, en su *Crónica General* coloca a continuación de Roma a los emperadores bizantinos y, tras éstos, a Carlomagno, como

la línea continuadora de una esencia imperial que se iba perdiendo, pero de cuyo recuerdo no se quiso apartar toda la Edad Media.

Y es en España donde prende la idea imperial con insistencia, como pesadilla, como ansia que presentía un futuro imperial. España, que es absorbente, que ha logrado hacer sedentario al más trashumante de los pueblos—a los gitanos—penetró en su ansia de Imperio a un pueblo nuevo que vino a ocupar su suelo y así los árabes españoles fueron imperiales, o por lo menos se impregnaron del espíritu grandioso y expansivo que caracteriza a los imperios. Mahoma ya dejó en su pueblo un germen imperial. Pero los árabes españoles fueron más lejos. A una unidad impuesta desde afuera opusieron ellos su nuevo espíritu y el virrey nombrado en Oriente—Emir—se convirtió, ¡nada menos! que en Califa o "Señor de los Creyentes".

Y la España cristiana —enemiga nata de la árabe—sentía los mismos anhelos de universalidad imperial. Dos momentos nos bastan para basar el aserto. Apenas afianzada la Reconquista, apenas engrandecida Castilla, casi con lo preciso para conservar su propia existencia, en las horas en que el hálito renovador de Cluny llegaba a nuestro suelo, surge un rey —Alfonso VII— que, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, porque presiente el Imperio en los triunfos castellanos, se titula —aún hoy asombra la osadía— "Imperator totius Hispaniae", así simplemente. Más tarde, cuando del castillo de San Servando en Toledo salía una nueva ciencia Geográfica y Astronómica, otro rey de Castilla, con una Castilla mucho más grande, se entregaba de lleno a lo que se llamó entonces el "fecho del Imperio". Alfonso X el Sabio, de la Casa de Suabia, personalizaba en sí el ansia imperial de Castilla.

Como Roma nos había acostumbrado mal. Como Roma nos había dado la norma generosa de no escatimar esfuerzo siempre que éste se proyectara en fecundación al exterior, España se extendía oleosamente hacia Oriente. Los almogávares devolvían a Grecia lo que en épocas remotas pudiera haberles traído a su suelo catalán y nacía, perdido en

las tinieblas del "desperta ferro" de la venganza catalana, el Ducado de Atenas.

Como centro de toda esta ansia, como norma y como unificación, aparece, pequeña y gigantesca a la vez, la figura del Prelado, de Jiménez de Rada, navarro, nacido para la unión de España, que se frustró porque Dios ha puesto un límite a la vida de los hombres.

CICLOPES Y GIGANTES

Y llega el momento del Yugo y de las flechas. España, que había asistido como aprendiz a la experiencia romana, que se había debatido en la infertilidad medieval del ansia de un Imperio, se logra plenamente bajo nuestro símbolo imperial. Pese al silencio estudiado del escritor Wells sobre nuestro gran momento, pese a la Leyenda Negra que no sabe del heroísmo, que no sabe de la lucha contra la malaria, la fiebre amarilla y las flechas envenenadas, que no sabe de ciénagas y pantanos, que no sabe de mártires y de predicadores, que no sabe —finalmente-– de Imperio; pese a todo, surge y se agiganta el Imperio español. Tres veces Imperio. Imperio, por la extensión racial. Imperio, por el dominio absoluto, e Imperio, por la religión y la cultura. Si hubiera que definir lo que es Imperio, creo yo bastaría con describir lo que hizo España en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Del "jus" romano germinó el derecho colonial; de la Teología cristiana brotó el manantial inagotable de la protección, no superada ni siquiera igualada nunca, al aborigen. De la ciencia pagana del Renacimiento—único fruto que de un Imperio muerto pudieron sacar los pueblos que no eran España—nació la ciencia ciclópea de Hispania. Enton-

ces, y ésto es lo más significativo, en el mundo se mandaba en español y se obedecía en castellano. Se volvió al milagro romano de la dispersión; de que una familia se ramificase por los cuatro puntos cardinales y tuviera sus miembros repartidos entre Italia, Viena, Flandes y el Nuevo Mundo. Para sellar la toma de posesión del mundo, Carlos V fajó la esfera terrestre con el "primum circumdedisti me" concedido a Elcano.

LEYES DE HERENCIA

No quiero hablar de lo que fué la Independencia americana, pero sí decir que no fué lo que parece. España se perdía en devaneos y los españoles de América la redimieron en parte, en su parte ultramarina. Y en esta redención el espíritu era imperial. Imperiales son las palabras pronunciadas en Ayacucho para ganar la batalla: "adelante y paso de vencedores". Queda en el América hispana el germen que se había sembrado durante cuatro siglos escasos. San Martín y Bolívar se entrevistan sólo para constituir un Imperio suramericano. Iturbe —pese a su sueño azteca e indígena— tiene la pesadilla del Imperio, por lo que en él había de español. Hoy tenemos por el mundo trozos dispersos de un imperio que tiene el alma rota. Filipinas, Puerto Rico son fiscales crueles de los errores de nuestros padres. La historia —como una vieja aya—nos guarda intacto nuestro patrimonio imperial, si tenemos también, porque nacimos con él, espíritu de Imperio, vayamos por él. Ganémosle.

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JVSTICIA: IMPERIO

Sólo naciones que lograron su orden interno pudieron crear imperios. Si el emblema isabelino y de Fernando nos acompaña hoy, si vamos a tener la patria que se nos arrebató, si vamos camino de tener el pan estricto que nuestro espíritu de sacrificio nos impone y si vamos a crear el Estado Nacionalsindicalista con la Justicia de nuestro estilo, nos hemos ganado el Imperio.

Porque el Imperio es nuestro destino y nuestra ansia. No es un vocablo vacío o carente de sentido. No es un anzuelo que atraiga al patriota incauto. Es una realidad viva, viva en nuestro espíritu y viva en la existencia real de las naciones y pueblos que lo forman. Realidad viva que hay que redimir para ganarla. Y al decir Imperio no nos encontramos en nuestra ansia y en nuestro destino con ninguno de los otros nacionalismos que también gritan Imperio. Si antes se dijo "ancha es Castilla" hoy puede decirse "amplio es el mundo"; vuelva cada uno por los fueros de lo que es justo que le corresponda y siga la tierra dando vueltas en el espacio hasta hacerse añicos por la voluntad de Dios.

Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange

por

Pedro Laín Entralgo

Unos crean el estilo, y otros lo definen. Crea un estilo de vida aquel que recibe el soplo de los destinos históricos y rompe con la caducidad en nombre de la esperanza: así Mussolini, Hitler, José Antonio, Franco. Define un estilo de vida quien, apenas sosegado su encuentro virginal con la creación creada—aquel tembloroso "conocimiento emocional" de que nos habló Max Scheler—rompe con la beocia en nombre de la expresión nueva y logra dibujar su contorno ideal. Esta es, justamente, nuestra coyuntura. José Antonio hizo del Nacionalsindicalismo un modo de ser cuya expresión primera es una Revolución, de la que ha de ser Franco seguro ductor. A ese modo de ser corresponde lo que luego se ha llamado, con admirable acierto intuitivo nuestro estilo: un modo nuevo de hacer la vida, desde la monumentalidad arquitectónica hasta el ademán cotidiano. Ahora todos hablan del nuevo estilo. Los beocios, porque no toleran quebradura en la costra espesa de su municipalidad. Los fariseos, porque no admiten la gracia de ritos nuevos. Otros le invocan como muletilla de su extravagancia. Algunos, por fin, encuentran su fórmula precisa y creadora en la obra

y en el verbo. ¿Lograré definir—el estilo primero, nuestro estilo luego—de modo que la definición sea veto de extravagantes y anatema de fariseos? Por lo menos, intentaré suscitar respuestas. El Nacionalsindicalismo, por lo mismo que se halla en trance creador, permite mejor vivirlo con ardiente y entrañada plenitud que expresarle acabadamente. Todos cuantos se hallen en verdad bajo su signo, y plegue a Dios que tal sea mi caso, son como poetas de un inmenso poema comunal que hubiesen recibido ese toque de la gracia histórica que se llama *amor fati* e intentasen lograr expresión nueva en el verso bien medido de la tarea propia. Este verso que cada uno tiene asignado allá donde la eternidad fluye en historia, será unas veces arte nuevo, Universidad nueva otras y otras justicia más lograda. Si el mío de ahora es definir con verdad, lograré decir cuál es la cifra más íntima de nuestro estilo.

La definición del estilo en general, de nuestro estilo en particular, viene decisivamente simplificada por tres penetrantes aciertos intuitivos de José Antonio. Dijo una vez: "tenemos un sentido permanente ante la vida y ante la historia, y ese sentido nos da las soluciones ante lo concreto". Otra definió al Nacionalsindicalismo como "un modo de ser". Por último, designó con el nombre de "nuestro Movimiento" a la comunidad de españoles dotada de sentido, de la cual fué soplo germinal. Modo de ser, sentido, movimiento—reductible en última cuenta al tiempo, según el *tempus est numerus motus* aristotélico-tomista: todo ello nos conduce de la mano a la más profunda y más radicalmente humana entre las filosofías de hoy: a la metafísica de Heidegger. "La elaboración concreta del sentido del ser es el designio de mi obra", dice al comenzar "Sein und Zeit". Pero el ser de las cosas, mi mismo ser de hombre no son inmediatamente apresables. En cuanto a mi ser de hombre, si no admito inicialmente un Verbo sobrehumano, no sé nada con certeza: sólo sé que inquiero acerca de él, que intento entender o comprender de él. Este *inquirir acerca de*, estos *entender o com-*

prender de son momentos constitutivos de mi pregunta por el ser, son modos de ser de lo que es, y ahora, en cuanto yo interrogo por mi propio ser, de mí mismo. Ese algo que es, que nosotros mismos—hombres—somos, y que, entre otras, tiene la posibilidad de ser de la pregunta, es designado por Heidegger con el término "Dasein", *estancia*. Y la estancia que sitúa ante el ser y comprende el suyo propio, *existencia*. No es ésta ocasión de seguir paso a paso la analítica de la estancia que hace Heidegger. Sólo me interesa señalar sus hitos fundamentales, que marcan también el camino del estilo. Ser, estancia, existencia valen tanto, en un primer estrato analítico, como *ser-en-el mundo*. Otro paso ulterior nos da la *abyectividad* (Geworfenheit) de la estancia: esto es, el hecho de que mi estancia, mi ser interrogante, sea *arrojado* en las raíces mismas de su existencia, no dependa de sí: como de sí mismo decía Hœlderlin, "lanzado de roca en roca". Por fin, la analítica de la estancia nos lleva a la temporalidad. Estancia es temporalidad, dice Heidegger.

Pero es aquí justamente donde viene la discrepancia radical entre el español—el nacionalsindicalista—y Heidegger. ¿Qué es el Nacionalsindicalismo? Un modo de ser que se realiza haciéndose "Movimiento". Somos lanzados, *arrojados* en el tiempo—en la historia—pero no somos tiempo, por razones que luego saldrán, sino eternidad. Somos seres lanzados, en el tiempo—en la vida: el tiempo es la vida exenta de sus contenidos, decía Simmel, y de seres, añadiríamos nosotros—; lanzados según la vertiente de un modo de ser. En lo cual se halla la raíz última del estilo, porque ese modo de ser incide en el tiempo—en la vida, en la historia—según una línea melódica: según un estilo congruente con aquel modo de ser. Llevadas las cosas a su extremo maceramiento expresivo, un estilo es la línea de inserción de un ser en el tiempo, según un modo de ser. Pero nosotros, hombres, por el mismo hecho de serlo, trasponemos al plano psicológico las verdades del pla-

no metafísico Al modo de ser le aplicamos voluntad y al estilo decisión determinante, sobre todo si el modo de ser es el nuestro, nacionalsindicalista. Todo lo cual se traduce en una concepción del estilo más "humana" que la anterior: el estilo, como voluntad permanente e inédita de realizar en la vida nuestro modo de ser, según una unidad melódica de actos acordes con la verdad última de aquél. La voluntad, el *querer acerca de* es un momento de nuestro modo de ser. Permanente, para que no se hienda la continuidad vital. Inédita, porque se realiza en el tiempo, pero existe intencionalmente antes de su realización melódica.

Sabemos qué es el estilo. Indaguemos cuál es nuestro estilo, según nuestro modo de ser. El cual no es, como en el planteamiento de Heidegger, *inquirir sobre* o *entender de*. Nuestro modo de ser está en *servir a* y en *luchar por*. Empleemos las palabras precisas de José Antonio: "Tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esa actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida". Servir a, luchar por: tal es, según definición del que lo creó, nuestro modo de ser. Pero no es ésta la sola divergencia entre el planteamiento de Heidegger, pese a que nos haya servido de tanto, y el nacionalsindicalista. Heidegger, en su analítica, describe fenomenológicamente los estratos del ser, con arreglo a una serie que termina en el término de todo, en la nada. Una serie que, eliminados algunos escalones en gracia a la brevedad, es: Ser — Estancia — Existencia — Ser - en - el - mundo — Abyectividad — Temporalidad — Ser - para - la - muerte — Ex nihilo. Por admitir que estancia *es* temporalidad, llega Heidegger a este terrible secuencia: la raíz última del existir es la nada. De ahí que ese ser - para - la - muerte le conduzca necesariamente a una angustia existencial, la angustia de - la - muerte. El ser, la existencia, la muerte. ¿No tenemos los nacionalsindicalistas, por ser me-

dularmente españoles, algo que decir en torno a todo eso? "Y no hallé cosa en que poner los ojos—que no fuese recuerdo de la muerte", escribió Quevedo. "Muero porque no muero", Santa Teresa. "La muerte es acto de servicio", dijo José Antonio; y, luego: "Heroísmo es dar la existencia por la esencia". El ser - para - la - muerte lo hemos escrito y vivido los españoles con más intensidad que nadie. Con más intensidad, pero con distinto sentido: porque nuestra serie analítica no termina en Temporalidad — Ser - para - la - muerte — Ex nihilo, sino en Temporalidad — Ser - para - la - muerte — A Deo.

A Deo. Ahí está el término auténticamente español. La raíz última del existir ya no es la nada, sino el Todo. El ser ya no es mera temporalidad, sino eternidad: como idea en la *mens Dei* antes de ser lanzada nuestra estancia al mundo, como sustancia después de ese trance. Y justamente por el hecho de terminar en el Todo nuestra implícita analítica de la estancia, el ser - para - la - muerte no da ya como fruto necesario la angustia - de - la - muerte (o ante - la - nada, lo cual es más exacto) sino la alegría - a - muerte, para usar una maravillosa expresión oída de labios de Alfonso García Valdecasas, que es la definición más breve, bella y profunda del estilo español. A la metafísica de la angustia opone el español, cuando sabe serlo, esa metafísica de la alegría de que me ha hablado más de una vez Luis Rosales, el poeta.

Nuestro modo de ser es *servir a* y *luchar por*. Pero como ese modo de ser, esa estancia nuestra termina en el *a Deo* pasando por el ser - para la muerte, de aquí que nuestro servicio sea un servicio - a - muerte y nuestra lucha una lucha - a - muerte. Servir a y luchar por la unidad en el hombre y entre los hombres, la Patria, el Imperio, Dios. Y como nuestro ser termina en Dios, en el Todo, de ahí que el servicio y la lucha no sean angustiados, sino alegres. La alegría es virtud preceptiva de nuestro Juramento. Alegría que pasa a través de la muerte y

adquiere sentido con ella: esto es, alegría grave, seria y —a veces—hasta trágica. Gravedad alegre. esta es la raíz última en orden a la realización melódica de nuestro modo de ser, este es nuestro estilo. Es grave nuestro estilo, porque nuestro modo de ser se realiza a través de la muerte; es alegre, porque la muerte no es la nada, como en Heidegger—como, en general, en todos cuantos partan de una concepción "natural" del hombre—sino el Todo. La raíz de nuestro ser no es la temporalidad, sino la eternidad. "El hombre es un ser portador de *valores eternos* que tiene un alma que salvar", dijo una vez con poesía y verdad José Antonio, y de ahí parte todo. Gravedad alegre, porque del sentido de nuestro ser, que vale tanto, ya lo sabemos por Heidegger, como el sentido de nuestra muerte, sale el sentido de nuestra existencia, de nuestra vida.

Esta gravedad será unas veces concepción militante de la vida individual o colectiva. Otras, cierta actitud poética ante la vida misma de lo cual habló bien temprano José Antonio. Otras, conocimiento del hombre tan grave y entero, que no se conforme con la simple razón. Otras, estilo literario en el que venzan la fe y el entusiasmo a la ironía. Otras, justicia social profunda y alegre. Otras, acción directa, violenta y eficaz, buscando ese camino más corto que pasa sobre las estrellas. Otras, en fin, alegre servicio a muerte sobre el asfalto o en la serranía. Y siempre lucha grave y alegre contra la dispersión y la horizontalidad, en nombre de la unidad jerárquicamente vertical del hombre íntegro: del hombre en cuanto hombre, en cuanto español, en cuanto nacionalsindicalista.

La brevedad de una nota no permite justificar con pleno rigor filosófico y psicológico esa decisiva sustitución del EX NIHILO *por el* A DEO, *que el español auténtico ha hecho siempre implícita o explícitamente. Espero lograrlo en otra ocasión. En fin de cuentas, aunque por vía distinta, a ese mismo blanco apunta la afilada y humana argumentación de Alfonso García Valdecasas en su «Hombre y yo», cuyas pruebas de impresión he podido leer. Del mismo Valdecasas procede la traducción de* DASEIN, *por* ESTANCIA. *No hay otra mejor, si nos atenemos al significado primero de la palabra, porque estancia o* DASEIN *—en sentido más directo:* EL ESTAR, *el hecho de estar—es la sustantivación del infinito estar o* DA-SEIN.

Tipografía y virtud de los oficios

por

Angel María Pascual

Con propósito de aprendizaje y mejora leímos los once de "Jerarquía" las críticas que movió nuestra primera salida. Casi todas nos fueron propicias, y alguna que dudó en los accidentes no nos cogió de nuevas porque sabíamos de sobra que nuestra obra no era perfecta. Si la hubiésemos creído así, como aquel escultor florentino del orden gigante, en aquel punto terminara nuestra empresa. El afán de ascender en la propia obra, es el viento que empuja con rumbo constante la continuidad en los trabajos y en los días. Y casi todas las críticas venidas por la Rosa de los Vientos acordaron en dar por buena nuestra escuela de imprimir. Esto nos dejó gozosos y ágiles para saltos nuevo en la palestra donde el trabajo tiene ligeras gracias de juego; y creímos en augurios favorables para lo que era, en nuestro pensamiento y en su destino, una Guía nacional-sindicalista de los Oficios.

Para ello teníamos que guiar antes nuestro propio y dúplice oficio:

El oficio de lanzar el pensamiento de los intelectuales nacionalsindicalistas de un modo acorde, exaltado y grave, como en los coros de las grandes abadías se levanta el canto de la mañana. Y el oficio de darle forma tangible por medio del Arte Tipográfica, del oficio de imprimir. Y como vienen días de ser medio monjes y medio soldados, hicimos un pequeño libro de coro en un cuartel. Así el deseo del tiempo nos condujo la voluntad.

Si es misión nuestra buscarle cauces al soplo del espíritu, cada nacionalsindicalista debe hacer de su oficio una flauta encantada. Volverán de esta manera los viejos sones a la vida nueva. Con alegre saludo de compañía.

Nuestra misión se concreta más sobre los Oficios de imprimir. Urge en España levantar la imprenta y su honradez secular, a la belleza perdida. No todo se aprende en los libros; pero, al menos viéndolos, se sabe quién es digno de una grande Historia. Las formas tienen más importancia de lo que cree la gente. Sin el acicate de una edición posible y maravillosa, las ideas hacen cortos vuelos. La estirpe de los que mandan se conoce en que solamente ellos tienen el paso dispuesto para la dignidad del manto, para la opulencia de la cauda. De esta manera el autor que se ve en papel vulgar, en edición descuidada, en portada horrible, en altísimo precio, al cabo de un tiempo siente la indiferencia abyecta de hacer comercio de su espíritu, que es parecido al hacerlo de su carne.

Queremos sacudir los malos usos de las prensas españolas, donde también dejó el Ochocientos en blanda palidez, su vulgaridad pedante, su apestosa colilla. Nos viene con náusea una vorágine de libros de episodios nacionales, de idearios y de novelas por entregas. El tiempo ha diluído olor y color de nicotina en sus páginas sin decoro, sin pro-

porción en las márgenes, sin gusto en las tintas y en los tipos; y allí duermen su olvido por el fondo de los estantes en casinos de ciudad pequeña o en círculos de aldea grande, con una espesa e irrespirable unción de polvo. En cambio, las buenas ediciones tienen una belleza perenne. Hace unos días, en una ciudad castellana, encontré una tienda de libros viejos junto a un pórtico de altas columnas renacientes. Más que tienda era un tugurio escondido; los libros se amontonaban por todas partes bajo un aire de humedad angosta. Pero en un estante del fondo, treinta volúmenes mostraban su exacta rigidez. Los editó para recoger su obra *L' Academie d'Inscriptions* bajo reales auspicios. Se abría la obra cualquiera al azar y surgían maravillas; todas las exigencias del buen gusto. En aquel sucio rincón ardía una llama viva.

Otro tugurio. Estaba incompleto pero mostraba la finura que alcanzaron a veces nuestras Prensas setecentescas. Era "La falsa Filosofía, Crimen de Estado". Alfonso García Valdecasas estuvo imaginando bajo aquel título cosas desconocidas y admirables, como Lord Dunsany, expectador asiduo de escaparates de librería, según refiere Pradaic Colum. Se han perdido para la común mercadería las ediciones bellas y los enfáticos nombres, y es necesario inventar otra vez énfasis y belleza. Y, además el comercio accesible a todos y la perdida honradez de la artesanía. Nuestra memoria que va "de tiendas" con nosotros nos trae una mañana de altas neblinas y tibio sol desde Niza, que es sin deberlo, un lugar común, y no de poesía sino de "Fashion's Club", y allí un "shop" en una calle que tras el Paseo de los Ingleses sube con leve ruido de mar hacia el museo "fin de siglo". En aquella tiendezuela con aspecto mezclado de buhonería de antiguallas y de joyería, hay unos pocos y maravillosos libros, todos de actuales prensas. En un gesto algo imperioso la mano iba hacia el bolsillo y un temor de estudiante en va-

caciones impedía entrar. He oído alabar muchas veces la facilidad extranjera de entrar en las librerías y salir y enredar muchos libros y comprarlos o no bajo una vigilancia segura e imperceptible. Acuden allí el estudioso, el docto, el degustador oculto de la sabiduría, y, a veces, el hombre del tiempo nuevo para quien tienen casi el mismo valor sabiduría y artesanía. Este encuentra rara vez en los libros que están al alcance de su bolsa liviana aquella alianza hecha inseparable en su espíritu entre las grandes ideas y las formas perfectas; en cambio a la pequeña tienda de Niza irán los mejores libros y los más abundantes compradores cuando la "saison" llame anualmente a la errante y estéril indiferencia o aburrimiento. Entrarán allí los que coleccionan libros raros con espíritu filatélico. ¿Por qué no se hace una ley contra la trata de libros? Muchas veces sueño en que algún día estarán unidos el "shop" de las raras ediciones y la gran librería de las ediciones abundantes; entonces un libro bello dejará de ser propósito de coleccionista para ir a los estantes de quien tendrá, hasta la sepultura, genio y figura de estudiante.

La primera exigencia del Arte Tipográfica es, como en todas las Artes, una incansable virtud. Decimos Artes por decir Oficios, pues la misma cosa son en el tiempo nuevo. La virtud consiste en aprender cada día, en buscar mayores sencillez y belleza y en ocultar lo que el trabajo tiene de castigo, y hallar gozo en la propia labor. No es bueno citar ejemplos antiguos teniendo a la mano otros de nuestro tiempo. Y a veces hay que aprender del enemigo. Todavía no existe en España algo que puede ponerse al lado de la "Nonesuch Press" o de la "Westminster Press" o de la "Shakespeare Head" o de la "Gregynog". Imprentas con sus tipos característicos, su manera y su estilo y una exquisita selección de obras. No conviene pararse en la perfección conseguida sino lanzar-

se en una inquieta exaltación a tareas todavía mejores. Toda la vida no basta para aprender las excelencias de un oficio y menos en este de la Imprenta, que es vivo y sutilísimo porque maneja especies del espíritu. Pero las demás Artes están hechas a semejanza. El Arte del que pica piedras y el Arte del que pinta frescos, el Arte del que escribe sucesos y el Arte del que hierra las cabalgaduras. El Arte del esmaltador y del barbero. Y el Arte del deshollinador, del vidriero, del escultor, del ceramista, del leñador o del fogonero, porque todas las Artes son iguales si se trabaja en ellas de un modo alegre y honrado; si en la tarea diaria se procura un mejoramiento, un estilo y una sencillez.

Sea la virtud, en el doble sentido laborante y ético. En el concepto nacionalsindicalista de la unidad moral del hombre no se puede separar la actitud recta, militante y decidida, de la obra intelectual y artesana y de la vida moral. Cuando se quiere realizar en artesanía cualquier idea madurada en tiempos, se ve cuánto ha perdido la antigua virtud que florecía en la maravilla de cualquier obra lejana y sola donde no alcanza la multitud. Era aquél un esfuerzo impulsado por el propio fuego del espíritu; de nada valía el olvido del nombre y de la obra si durante unos días alimentó primores el hambre del deseo; parnasianismo a lo divino. Ser parnasiano es cosa decadente e hipócrita hecha de publicidad, degradación y anécdota, pero bien puede hablarse de la "virtud" en el sentido artesano, y ser parnasiano de la virtud.

Por todas partes están los talleres en esta ciudad, donde suenan en las calles antiguas de guerras de burgos, los ruidos de los oficios eternos. Suena como una campana fija e incisiva el yunque del herrero, que bate metales ardientes; cosen sentados, casi en el suelo, los zapateros; diez carpinteros tallan la madera en la cuesta de piedras lisas que sube hasta la Catedral; lleva el aire el olor acre y sombrío de las pieles

que cuelgan en su calle los boteros. Aquí, el que talla yugos para los bueyes lentos de la montaña los pone al sol que seque su fresca entraña de árbol recién cortado; en la muralla pasean los cordeleros entre ruedas y rastrillos de hierro, con su andar lento y balanceante de marineros en tierra para trenzar las cuerdas. Allá están de enseña los bastes y los arreos de las cabalgaduras aldeanas con las borlas rojas y los clavos dorados; los alpargateros hacen juegos de manos sobre su banco en cuesta, y en el rincón de la plazuela con sombra de iglesia y macetas, el escultor talla junto a la puerta sus estatuas. En el campo, sobre al río, huele la cera traída de todas las tierras de España, que luego se funde y se prensa en viejas máquinas del Setecientos, para llevarla a los puertos de niebla. No ha llegado apenas a mi ciudad el humo de las fábricas y aun el trabajo no tiene límite de sirenas ni olor de multitud.

Pesan, no obstante, los hábitos de cien años de mal gusto, apenas el Oficio tiene que poner un fin de belleza sobre un fin de utilidad. El imaginero no tiene otros modelos que los del "arte catalán": falsos góticos, falsos bizantinos, falsos mármoles, falsos dorados. Caras de teatro blanc para los santos y morados de camerino sobre los crucifijos. El órfebre hará rejerias de nenufares y tulipanes con modelos de "Exposición de París". El tipógrafo, y es este nuestro dolor más inmediato, habra olvidado crear libros; esa sostenida e invisible tradición que forma con las ideas, arquitectura de serenidad. No sabrá todas aquellas elegancias que llevaban en tiempos imperiales al orden de la nobleza.

Y luego existe en todos los Oficios ese defecto de aprendizaje que allí no puede llamarse surrealismo; y la desgana y el no querer salir de la "manera" y el impudor de lo no perfecto y la dificultad en las fechas y en el término. Esa es la falta de virtud, la más profunda y difícil batalla que debe ganar el nacional-sindicalismo, porque el que no tiene el

honor de su Oficio tampoco será buen ciudadano de la Ciudad de Dios, que es el Imperio.

Muchas veces se da como razón de rutina el gusto de la gente. El pueblo de las ciudades y de los pueblos grandes queda flotando entre lo primitivo de los campos y el refinamiento de las grandes urbes en una transición que precisamente, coincide con el "fin de siglo". Su última moda lleva retraso de treinta años y su gusto pide lo ignorado y lo olvidado ya por aquellos extremos en que la nueva edad enlaza la égloga y la oda en la misma alegre unidad. Cuando se habla del gusto de la gente se habla de un gusto inerte y a punto de moverse. Es frecuente oir a un artesano, a quien se explica nuestro deseo, una de estas dos cosas: "Eso es muy antiguo", o "eso es muy raro". Las dos razones quieren decir lo mismo y sin saberlo ni quererlo explican una idea profunda. Lo raro y lo antiguo, calificando el mismo gusto, dicen que sobre el pantano de lo usual se tiende el invisible puente de lo permanente. Lo antiguo y lo raro en una vivencia barroca pertenecen ya a la constante clásica; por eso la tradición no debe ser una novela de historia.

El mal gusto que impone sus leyes no es una razón justa sino una complicidad. Enseñar al que no sabe tiene valor de obra de misericordia, mientras mantener la ignorancia es una pereza liberal. Hay que imponer buen gusto por todos los medios, y si no se puede con la unánime cruzada, con leyes de Estado. La artesanía no debe decir sino enseñanza en el doble sentido aparente, y único en la esencia, de la utilidad y de la belleza; siempre resulta que lo más bello es, al mismo tiempo, lo más práctico. Si la gente ve en lo que pide estilo de mal gusto no vencerá su costumbre, pero si le imponen estilos nuevos, después de oponerse, acabará aceptándolos. Lo que hicieron el cine sonoro, las revistas de modas y las líneas aerodinámicas, lo puede hacer el tipógrafo con sus

libros, el órfebre con sus moldes y el entallador con sus figuras, sin necesidad de inventar complicaciones sino de hacer más sencillas las reglas antiguas.

He aquí otra misión sindical. Mientras el artesano esté sólo le justificará la necesidad su fuente de mal gusto; cualquier innovación solitaria ahuyenta los compradores, pero si todo un oficio lanza las formas nuevas en todo el Estado, la gente tendrá que aceptarlas. El buen gobierno debe cuidar estas cosas como centinela, porque en ellas aprenden a admirarle —y es primer grado de sujección—los pueblos extranjeros. Una hueste de buenas ediciones da a un Estado imperial, estilo como un gran ejército y ambos no son incompatibles.

Entonces serán los Oficios un estilo de vida, una exaltación silenciosa y una ordenada milicia. La fuerza del espíritu hará del castigo de los trabajos camino de perfección. Será así cada Oficio, un Oficio Divino, ritual servicio de Dios y una devoción al César, que dijo: "Sólo se estima la libertad del hombre como nosotros cuando le estimamos, portador de valores eternos."

Por obra y celo de nuestro Caudillo acaba de llegar a la España Nacional el Camarada, Secretario de nuestro Movimiento al lado del Ausente, Raimundo Fernández Cuesta. Compuesto ya este número, JERARQVIA envía su saludo más entrañado al luchador ejemplar de la Falange, reintegrado al servicio del Jefe Nacional y de la Patria.

PLAN

DE LAS

EDICIONES JERARQVIA

SEGVN LA TRADICION DE NVESTRA ENSEÑANZA

IMPERIAL Y CATOLICA

SON

DE DOMINIO Y COMPETENCIA

DE LAS

EDICIONES JERARQVIA

LAS DISCIPLINAS DE

LA SABIDVRIA, LAS LETRAS, LAS ARTES

LA SABIDVRIA

SERIE

Los teólogos del Imperio

Publicaremos en castellano los textos, completos en la mayoría de los casos, de aquellos grandes teólogos que guardaron y renovaron la Escolástica, defendieron la unidad católica en Trento, y afirmaron a la Iglesia y a España en el mundo.

SERIE

Místicos españoles

Queremos dar a conocer, siguiendo un orden sistemático, la inagotable actualidad y transcendencia científica, poética y teológica de la mística española.

SERIE

Políticos del Imperio

El pensamiento político español, humano, creyente y providencialista, en la hora cumbre de poderío espiritual de nuestro pueblo.

SERIE

Pensadores españoles

Aquí será estudiada la obra de nuestros pensadores de todas las épocas, incluyendo a los contemporáneos.

SERIE

Los cronistas y los historiadores del Imperio

Textos y estudios sobre tan rica producción que muestra la radical actitud del español frente a esta ciencia del espíritu.

SERIE

Los humanistas del Imperio

Versión de sus textos castellanos y traducción de los latinos en prosa castellana.

SERIE

Ciencia económica española

Estudios acerca de los problemas fundamentales de nuestra economía en el Imperio, y su relación con la política.

LAS LETRAS

SERIE

Poesía imperial

Antología y estudios sobre nuestros grandes poetas clásicos en las cuatro formas principales de su poesía: heróica, lírica, dramática y satírica.

SERIE

Nueva Poesía Imperial

Publicaremos aquí la obra de los nuevos poetas, creadores del estilo de nuestra Revolución, forjadores de nuestro Clasicismo.

SERIE

Clásicos griegos y latinos

Renovando la tradición humanista española dotaremos a la juventud, para su necesaria formación, de textos castellanos de los principales clásicos griegos y latinos.

SERIE

Poesía hispano-americana

Ediciones antológicas y estudios sobre la obra de los grandes poetas de la hispanidad en América.

SERIE

Epistolario español

La norma y la enseñanza de nuestra española integridad.

SERIE

Viajes clásicos y románticos por España

Impresiones y juicios sobre los accidentes naturales y espirituales de de nuestra tierra (S. XIV al XIX).

SERIE

Biografías ejemplares

Los hombres y mujeres ejemplares del Imperio, estudiados con amor y precisión.

LAS ARTES

SERIE

Catedrales españolas

Ediciones gráficas evocadoras y documentadas.

SERIE

Los artistas del Imperio

Biografías de artistas y estudios generales de escuelas y estilos.

SERIE

Monumentos Imperiales

Las piedras ejemplares levantadas en orden y claridad para la afirmación entera del espíritu.

LA VIDA NUEVA

SERIE

La sabiduría

Doctrina del Movimiento y sus principios religiosos según el Dogma, la Moral y la Liturgia.

SERIE

Las letras

Creación y crítica literarias de nuestro Movimiento.

SERIE

Las artes

Creación y crítica artísticas de nuestro Movimiento.

DIRECTOR NACIONAL DE EDICIONES

FERMIN YZVRDIAGA LORCA

SECRETARIO NACIONAL DE EDICIONES

ALFONSO GARCIA VALDECASAS

DIRECTOR DE LAS EDICIONES JERARQVIA

LVIS ROSALES CAMACHO

PLAN DE PVBLICACION INMEDIATA

DISCVRSOS DE JOSE ANTONIO

DISCVRSOS DEL GENERALISIMO FRANCO

LIBRO DE LOS HEROES DE NAVARRA
por Fermín Yzurdiaga Lorca

LOS REYES CATOLICOS
por Eugenio d'Ors

LA BESTIA Y EL ANGEL
por José M.ª Pemán

CISNEROS
por Luis Santamarina

EL LIBRO DE CRISTOBAL COLON
por Paul Claudel

DISCVRSOS DE LA CATOLICIDAD
por Eugenio Montes

EL GENIO DE ESPAÑA
por Ernesto Giménez Caballero

EPISODIOS NACIONALES (tomo I)
por Agustín, Conde de Foxá

ANTROPOGRAFÍA
por Pedro Laín Entralgo

EL LIBRO DEL IMPERIO
por Angel M.ª Pascual

SEÑORIO DEL ESPAÑOL
por Luis Rosales

CANTOS DE GUERRA Y DE VICTORIA
AL RITMO DEL SALTERIO DAVIDICO
por el R. P. Agustín Rojo, O. S. B.

EI VIAJE DEL JOVEN TOBIAS
por Gonzalo Torrente Ballester

ESTA REVISTA FVE IMPRESA EN PAMPLONA. EN LA EDITORIAL ARAMBVRV. AÑO DE CRISTO MCMXXXVII. II AÑO TRIVNFAL DE ESPAÑA Y DEL NACIONAL-SINDICALISMO

LAVS DEO

EXCLUSIVA DE VENTA
LIBRERIA INTERNACIONAL
SAN SEBASTIAN